

ALFONSO
ALCALDE



EL AURIGA
TRISTAN CARDENILLA
Y OTROS CUENTOS

BIBLIOTECA NACIONAL



0352810



BIBL

ASCIMENTO

**EL AURIGA TRISTAN CARDENILLA
Y OTROS CUENTOS**

BIBLIOTECA POPULAR NASCIMENTO

Director: Hernán Loyola

ALFONSO ALCALDE

**EL AURIGA TRISTAN
CARDENILLA
Y OTROS CUENTOS**

Selección y prólogo

de

JAIME CONCHA

EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO DE CHILE 1971

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Control

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento, S. A.
— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1971.

N.º 3517

ALFONSO ALCALDE, CUENTISTA

Alfonso Alcalde se da a conocer tarde en nuestras letras. Un libro aislado, muy lejano, en 1947; un largo silencio de más de 15 años, para surgir solamente en la década del 60 con una serie de escritos que muestra una obra en desbordante expansión. *Variaciones sobre el Tema del Amor y de la Muerte* (1963) gana el premio *Alerce* de poesía; *El Auriga Tristán Cardenilla* (1967) y *Alegría Provisoria* (1968) lo destacan como cuentista bien dotado; finalmente, *El Panorama ante Nosotros* (1970) resulta ser su obra más ambiciosa, especie de panorama épico con interposiciones líricas, donde se busca sintetizar la historia de una región crucial en el desenvolvimiento de nuestro país.

Cuenta el mismo autor haber quemado gran parte de la edición de su primer libro, *Balada para la Ciudad Muerta*. Este hecho es un verdadero síntoma. Ese libro semidestruido, tal vez prematuro, solitario sin duda en la trayectoria de su creación, explica bien que ese silencio de 15 años que seguirá en su vida fue, aun antes de empezar, un gesto consciente. Un acto de abolición literaria. Ese gesto de Alcalde, este acto de permanecer silencioso es más que un accidente de su biografía, algo que atañe a toda una fase de nuestra historia contemporánea y, por lo tanto, al destino de la literatura más reciente.

La Ley de Defensa de la Democracia pretendió liquidar el movimiento obrero chileno, mediante la persecución a sus dirigentes, la ilegalización del Partido Comunista, la instalación del campo de concentración de Pisagua, la represión y las relegaciones de que hizo víctima a miles de trabajadores

y de militantes. La unión de la clase obrera y de las capas medias, llevada adelante victoriosamente en los días del Frente Popular, se desmoronaba estrepitosamente, arrastrando en su caída una correlación de fuerzas sociales que había sido decisiva y duradera en el proceso nacional. Pero había algunos antecedentes de esta división.

En 1907, con la masacre de más de 3.000 obreros que tiene lugar en la Escuela Santa María de Iquique, una escisión ocurre, que crea un movimiento de repliegue en las esferas más sensitivas de la ideología.. Es una trizadura imperceptible. La lírica de Prado, de Magallanes Moure y de Daniel de la Vega postula una retractación social, una especie de coartada a la historia, que intenta apagar los acentos potentes y enérgicos del grupo anterior, el de Pezoa Véliz y de Víctor Domingo Silva. Esta actitud no se contagia, sin embargo, a la narración, la cual sigue expresando la marea ascendente de la clase media, que culmina con el triunfo alessandrista de 1920.

Unos pocos años bastan apenas para revelar lo que fue, en el fondo, el alessandrista: una simple euforia presidencialista. "El odio nada engendra" —había dicho el caudillo: ¡y vinieron entonces las matanzas de San Gregorio, del Zanjón de la Aguada y de La Coruña!

La trizadura de comienzos de siglo se convierte entonces en quiebra. Las capas medias utilizan el Ejército como brazo armado y dan el golpe de Estado de enero de 1925. La honda crisis institucional que vive Chile desde 1924 sólo puede ser superada mediante la dictadura ibañista que, apoyándose primeramente en los sectores obreros para golpear a la oligarquía, los reprime luego implacablemente. La isla de Más Afuera recibe a los dirigentes anarquistas y comunistas desterrados. "El león de Tarapacá" se ha disfrazado, en la imagen de Ibáñez, de prosaica bestia de regimiento. Surgido a la sombra de Alessandri, este coronel de Caballería no es sino un doble del líder civil, su alter ego militar.

La literatura de este período recoge, en mayor o menor grado, esta nueva situación y la expresa en la obra de De

Rokha, de Neruda y del mismo Huidobro, hasta llegar a los poetas populistas del 38: Nicanor Parra, Oscar Castro y otros. Pero es sobre todo la narrativa más importante de estos años la que destaca por su partidismo social, por su compromiso junto a las fuerzas populares. La obra precursora de Sepúlveda Leyton y la novelística de Guzmán, Azócar y tantos más así lo prueban.

La de 1948 no es ya una trizadura, ni siquiera una quiebra: es una verdadera grieta, que sólo podrá superarse cuando cambie substancialmente la correlación social del país, cuando la clase obrera sea vanguardia política en el proceso chileno. Después de la traición de González Videla, las clases dominantes hacen funcionar todo su aparato ideológico. Enloquecidas, practican en 20 años todos los esquemas políticos: el populismo, el giro a la Derecha, el centrismo. Resucitan sus muertos, duplicando la historia. Pero ya Marx describió en *El 18 Brumario* que la historia repetida deviene siempre farsa, comedia grotesca. Ibáñez, el inflexible perseguidor de los dirigentes obreros, se hace ahora caudillo popular y es seguido por un gran sector del Partido Socialista. La ambigüedad de su gestión política se manifiesta en dos de sus últimos actos de gobierno: el 2 de abril de 1957 reprime violentamente en Santiago y en provincias una protesta espontánea contra las alzas de la locomoción; a fines de su mandato deroga la *Ley de Defensa de la Democracia*. Así como el 20 Alessandri engendró a Ibáñez, el 50 Ibáñez engendra a Alessandri. El retroceso es evidente. Pues el viejo Alessandri se transforma, en la persona de su hijo, en un Alessandri viejo. Fracasado el Cachorro en 1952 (Fernando Alessandri), queda este tecnócrata que sólo representa la senectud de la Derecha chilena, su irremediable marginación de la historia. Finalmente, la Democracia Cristiana mezcla fórmulas de Derecha y de populismo, forja un populismo de Derecha, dándole un barniz cristiano. Triunfa y fracasa en el mismo momento de triunfar: la Derecha elige en su cuna, en 1964, como un nuevo avatar suyo. Es su última transformación: la hora de la burguesía había sonado.

La literatura de estos años, de estos dos decenios que van desde 1948 hasta 1970, hay que comprenderla a la luz de estos experimentos ideológicos. La "generación del 50" es hoy ya más remota que Gonzalo de Berceo. En ella se incuban líneas muy diferentes de expresión literaria, pero sobre todo una literatura cristiana y una literatura pituca. La primera está bien representada por José Manuel Vergara y por Miguel Arteche, ambos católicos y de tendencia hispanizante. Uno vive en Barcelona, donde ha fijado su residencia; el otro fue agregado cultural en Madrid. No es casual esto último. Demócrata y cristiano, Arteche compuso el Himno de la *Patria Joven* que las huestes freístas cantaron, para la elección de 1964, como en una procesión a escala nacional y representó al gobierno de Frei ante la "democracia" de Franco. Dos obras sólidas permanecen dentro de esta tendencia: *La Difícil Juventud* (1956), de Claudio Giaconi, y la mayor parte de los cuentos de Guillermo Blanco. Junto a ellos, una literatura de barrio alto se alza, llena de problemas sumamente delicados, con angustia, sexo y teología. Lafourcade la crea, las mujeres se juntan y la multiplican; Elisa Serrana es su abanderada. Los epígonos de esta concepción son Palazuelos, Huneeus y Wacquez. Todos, pese a sus buenas intenciones personales, significan un banal alessandrismo literario, el complemento de Derecha a esa otra literatura cristiana.

En este período aparecen autores que, con distinta edad y con orientaciones también diversas, imponen y traen una obra de calidad igualmente relevante. Son Carlos Droguett, vinculado más bien por sus orígenes a la generación del 38; Jorge Edwards, que se separa muy pronto de la "generación del 50", y José Donoso, cuya obra se caracteriza por unir temáticamente los dos extremos sociales, la clase alta y el lumpen-proletariado. Es decidir que una obra con estos rasgos, tan representativa de las tendencias políticas que en Chile se suceden en la década del 50, aparezca precisamente en el tránsito del populismo a la Derecha: *Coronación* es de 1957.

En el prólogo a la antología *El Nuevo Cuento Realista Chileno*, Yerko Moretic escribe: "Algunos de los autores aquí

presentados pertenecen a la generación que se vio obligada a permanecer ausente durante el período de la represión anti-popular (unos pocos habían alcanzado a darse a conocer; otros lo hicieron con posterioridad a la represión; varios permanecían inéditos)" (1). En la ausencia de este grupo operan, como Moretic señala, causas políticas directas. Pero las hay también de otro tipo, motivaciones psicológicas indirectas, que actúan sobre escritores muy afines y que contribuyen a explicar este prolongado silencio, esta deserción colectiva de las letras producida en los años siguientes al 48. En este marco hay que situar a Alfonso Alcalde, con sus dos colecciones sólo publicadas con posterioridad al 60.

Hay un hecho novedoso en *El Auriga Tristán Cardenilla*: todos los cuentos del conjunto van encabezados con una nómina de personajes y con indicación del lugar donde transcurre la fábula. Reparto y localización, por lo tanto. Lo cual permite divisar, como unidad superior de los relatos, una especie de escenificación dentro de lo narrativo, que no determina, sin embargo, configuraciones teatrales, sino se asocia con un contenido fundamental de experiencia: el mundo del circo.

De la frase memorable de Picasso parecen flotar aquí, en *El Auriga* . . . , dos de esos olores fascinantes: el de los puertos y el de los circos pobres, a veces extrañamente incompatibles como en el del circo que se deshace en el puerto de San Vicente. Payasos que se transforman en pescadores, la mujer de goma que se casa con el dueño del mar . . . Todos los personajes son gente de circo o ex payasos, tipos humildes que no abdican de su relación con esa familia increíble de animales, carpas y carcajadas colectivas. En este sentido, la habilidad de Alcalde ha consistido en ahorrarnos el espectáculo, la función concreta y visible, y en mostrarnos sobre todo las huellas secretas en los individuos, en los trabajadores del

(1) "El Realismo y el Relato Chileno", p. 80. En: *El Nuevo Cuento Realista Chileno. Antología*, de Yerko Moretic y Carlos Orellana. Edit. Universitaria, 1962.

circo. Es, por lo demás, el único modo de no hacer turismo sobre el subproletariado —tentación endémica y tradicional en nuestros literatos de este período—. Desde otro ángulo, la simultaneidad de lo circense y de los oficios populares crea una irrealidad, un dominio de invención que es una verdadera conquista en estas páginas de Alcalde.

Y de esta circunstancia básica surgen, asimismo, las mejores búsquedas del cuentista, los filones más sugerentes de su arte. Sólo un aspecto: la convivencia, el tipo de intimidad que instauran los personajes con los pobres animales con que hacen sus vidas.

La pulga Micaela, minúsculo personaje chaplinesco en el cuento "Almacencito La Gloria"; el caballo ése, tan descarnado de carnes pero tan encarnado de visión literaria, que es el segundo protagonista del relato "El Auriga..."; la innumerable presencia de viejos leones tras la jerarquía de jaulas, látigos y domadores: todos ellos hacen visible su proyección de fauna conmovedora sobre los otros, amigos más que amos, sus semejantes y dobles en el desamparo.

Muy pocas veces la literatura chilena ha intentado acercarse a los mecanismos específicos del hombre del pueblo en su contacto con las cosas y los seres vivos. Es obvio que la relación de un pescador con sus redes y su bote, o la de un pobre payaso arruinado con su bestia de carga, no puede ser la misma que la de un oficinista con su máquina de escribir o la de una señora de la burguesía con su perro extranjero. Pero esto, tan obvio y tan clarísimo, ha sido desestimado generalmente por nuestros narradores. El manejo de los utensilios, la simbiosis del hombre con su vivienda, con su ropa, se han descrito por igual en el caso de un campesino, de un burgués o de las clases medias más proletarizadas. Se omiten, de este modo, evidencias fundamentales: las diferencias de clase en el comportamiento frente a los objetos materiales, la estratigrafía social que condiciona los detalles mínimos de la vida cotidiana. Por el contrario, esta obra de Alfonso Alcalde muestra bien cómo el hombre del pueblo, que ha perdido su contacto con la naturaleza en su desplazamiento a la ciudad, lo

substituye en su convivencia con los animales domésticos, ¡nunca objetos de adorno para él, sino prójimos verdaderos, gente de la familia!

Sólo en José Miguel Varas, el autor de *Porái* (1963) y en Franklin Quevedo, con *Todos Seremos Rosados* (1966), encontramos el mismo camino para aquilatar estas percepciones diferenciales. Así continúa un esfuerzo que apenas comienza en nuestras letras. Una tradición, valiosa por otras razones, nos acostumbra a considerar al animal como alegoría zoológica del ser humano. Piénsese, por ejemplo, en los relatos de Horacio Quiroga. El movimiento naturalista está en la base de esta óptica, cosa que se hace ostensible teniendo en cuenta el origen citadino de la tendencia, pues nace, a fin de cuentas, junto al superdesarrollo fabril e industrial de la segunda mitad del siglo pasado. Lo cual no impide, sin embargo, que países como el nuestro importen la visión sin alterar sus esquemas. Así, pese a las agudas intuiciones de Mariano Latorre, ya los títulos de sus obras delatan ese punto de vista: *Cuna de Cóndores*, *Hombres y Zorros*, etc. Es decir, las comparaciones zoológicas operan en un sentido irreversible de animalización de lo humano. De ahí que un enriquecimiento como el que observamos en *El Auriga Tristán Cardenilla* posea un alcance positivo y revitalizador de procedimientos ya fosilizados.

En pocos autores es posible apreciar un diálogo tan natural con ese particular tipo de personajes. Figuras convencionales de la fábula, estos seres rescatan su animación, su vivacidad, dejan sus jaulas para convertirse en individuos libres que hablan con humor, que piensan y sienten como todo humano. Sólo el desconocido y magnífico relato de Ernest Hemingway, "The Lion of St. Marcus", puede dar una idea de los logros que alcanza Alcalde en este plano. Ese león que se cansa de la selva africana y termina, sentado en un café de la Piazza de San Marcos, comiéndose tranquilamente un sandwich, escéptico y desilusionado del hombre y de la civilización, es uno de los pocos equivalentes que ofrece la literatura contemporánea de estas figuras de *El Auriga*..., lle-

nas de ternura y de ironía, sutilmente deformadas en su encarnación viviente, pero fuertes y perdurables en su misma naturalidad. A través de Alcalde, el viejo género de la fábula adquiere una nueva encarnación: recibe, a la postre, la consagración del realismo.

Alegría Provisoria es menos compacto, como colección, que su libro anterior. Algunos defectos se hacen más visibles, como, por ejemplo, la extremada tendencia a la lirización. Este cuentista prologado en su primer libro por Neruda y que fue, durante mucho tiempo, amigo personal de De Rokha, amalgama en sus cuentos a los dos irreconciliables de las letras chilenas. Su prosa está traspasada de un substrato poético que es herencia y aprendizaje de esos grandes creadores. Su visión sinfónica del mar, la descripción del desamparo y de la tristeza popular, las costumbres y los éxodos cotidianos de los grupos proletarios comparten y participan de ese materialismo pleno de nuestra lírica mayor, la captación densa y substanciosa de los hechos humanos. Muchas veces este torrente lírico sobrecarga su prosa. Pero a menudo asoma la mirada límpida, fresca, más acá de todo sabor literario o condicionamiento previo: "Luego se pusieron a escuchar el silencio, la quietud nerviosa del mar tempranero, cuando está como ácido y plano parecido a un techo de puro tranquilo" (2). Para escribir estas líneas no se requiere sólo poder de observación, sino un contacto sostenido con esa realidad, capaz de ser transmitido con intensa exactitud de lenguaje.

Lirización significa, entre otras cosas, escamoteo de la anécdota, un trazo poco desarrollado en las peripecias narradas. Como antes, en el criollismo, ocurría que las descripciones se tragaban las instancias narrativas, ahora, en las últimas generaciones de cuentistas, tiende a ahogarse lo narrativo en el flujo lírico, en una marea patética que todo lo impregna. Alcalde, en su último libro, no escapa totalmente a

(2) "El Mar es como una Casa". *Alegría Provisoria*, Nascimento, 1968, p. 134.

este peligro. Muchos cuentos suyos se disuelven en una impresión lírico-periodística del hecho narrado: tal sucede, por caso, con "50% menos al Alba", en otros aspectos hartamente estimable.

Lirización significa, por añadidura, supeditación del diálogo a un monólogo incontenible. La interlocución, magistralmente manejada en la mayor parte de sus cuentos de *El Auriga*... y de *Alegría Provisoria*, da cabida, en algunos de ellos, a una emisión de lenguaje que absorbe contornos, difunde su tono, irradia en todas direcciones. Se corre, entonces, el riesgo de crear una superestructura poética sobre el lenguaje popular, riesgo que fue uno de los escollos menos sorteados por los narradores de la generación del 38. En Alcalde, sin embargo, aglutinación y diálogo no entran todavía en contradicción flagrante, sino permanecen en un equilibrio inestable. En suspensión.

Los mejores cuentos de *Alegría Provisoria* están por encima de estas debilidades. "La Boca, la Boca", "Una Historia de Amor" y, en menor grado, "Una Moneda, un Seno" potencian un clima de ternura, de honda humillación, configurando desarrollos narrativos en plenitud. El valor fundamental que en éstos y en todos sus cuentos, desde *El Auriga*... adelante, trae Alcalde, es el valor de la fraternidad, de una fraternidad popular que irradia y se acrecienta en medio de las lágrimas, junto al vino, en el habla sencilla y directa de sus personajes.

Cuentista contemporáneo, Alcalde posee en su obra un rasgo que es general a la narración hispanoamericana: el intento de reactualizar el pasado americano. En "Nosotros, la Crueldad" el autor pone en un marco de cárceles y de comisarías viejas estructuras coloniales, referencias a viajes de exploración, como si la llegada de la pobreza y de la miseria tuviera su punto de arranque, entre nosotros, en el Descubrimiento; en "La Tía Ki-ki-ki-ri-ki" sitúa, en medio del departamento de la viuda de un general que vive aislada del mundo con sólo una gallina por compañera, un mapa de Martín Béhaim —esa carta del orbe sin la cual habría sido in-

concebible la hazaña de Hernando de Magallanes—. Es una especie de borgismo a la criolla: “En la habitación, dando un corto vuelo, podía chocar con libros fascinantes que fue conociendo página por página, como el *Salterio de Lindsay*, que el difunto usaba para planchar sus pantalones. Por último, se acomodó en un rincón junto al viejo globo de Martín Béhaim, mirando con insospechado aburrimiento la repartición de los mares y la tierra” (3). Y es sobre todo en “Matar a Pérez” donde las resonancias de Marco Polo y de Pigafetta, de las viejas crónicas de exploración estallan por doquiera:

“De Mandigo, en la continuación de nuestro viaje, dimos una vuelta en falso para luego colocarnos en el anillo del mar donde viviríamos prisioneros alrededor de 200 años entre Cacurim y Syra Orda, ciudades que siempre vimos a la distancia, hasta que una tormenta nos volvió al punto de origen: Thule.

“Yo tengo un amigo que puede disparar contra una moneda cayendo, con los ojos cerrados y acierta y lo encontramos por casualidad en Tabriz, casi a la entrada del Golfo Pérsico en una de las tantas recaladas, cuando ya nos habíamos incorporado al segundo circuito, según el mapa falso proporcionado por Pérez. “Estás más anciano”, me dijo, mirándome el pelo blanco. Tuve que confesarle. “Y no sólo eso, sino viudo y sin hijos porque se fueron quedando por el camino”. Y le relaté la escena cuando mi mujer, después de recorrer la región de Pamir y con los nervios hechos pedazos dejó el navío para atravesar los oasis de Kashgar y Khotan, a la vista del palacio de verano de Gubilai Khan en Chandú, y subió a unos acantilados y se lanzó al mar, volando. Le expliqué cómo sus pliegues transparentes se inflaron, en forma atropellada, como rosas súbitas, como lágrimas al revés que salieran de sus mejillas para entrar en los ojos, antes de esparcir, victoriosamente, las aguas sin protestar, dejándole esa tierna misiva a Pérez, que tuvo buen cuidado de arrojar

(3) *Ibid.*, p. 32.

en una botella al mar en las cercanías al cabo Non, a 28° 47' N." (4).

Esta dirección vertical, de profundización, de estos cuentos y de toda una narrativa, esta dimensión sensible de pasado que ellos presentan caracteriza la visión de un Continente cuya historia más decisiva es todavía fresca, reciente; un mito a la mano de donde extraer dolores y verdades. Es la perspectiva presente en Borges, de manera irrealista; que en *Los Pasos Perdidos* y en otras obras de Alejo Carpentier se presenta como descenso en los estratos primigenios del tiempo; que *La Vida Breve*, esa magna novela de Juan Carlos Onetti, imagina como recuperación histórica de un inconsciente colonizado; que, finalmente, en García Márquez, en José Donoso, en Fernando del Paso y en Juan Rulfo, con todas las diferencias necesarias, se convierte en reminiscencia colectiva, en fuente permanente de nostalgia creadora. Esta *Alegría Provisoria* de Alcalde, también ella, se funda en la irrupción de las determinaciones duraderas de nuestra sociabilidad hispanoamericana. El mapa de Béhaim, las islas del Atlántico, esa nube de leyenda precolombina que toman los aledaños del Biobío y las costas de la zona de Concepción así lo atestiguan.

JAIME CONCHA

Universidad de Concepción

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION ESPAÑOLA

(4) *Ibid.*, pp. 120-121.

LA BOCA, LA BOCA

Personajes:

Un charlatán, varios *palos blancos*, *transeúntes*, un niño, una boa profesional, varias cajitas de pomada.

Lugar de la acción:

Alameda casi esquina de Bandera.

El charlatán sacó del canasto la boa auténtica. Un río corto en movimiento que tenía comienzo y fin para iniciar el espectáculo y atraer la curiosidad de los transeúntes de la gran ciudad.

El sol de mediodía estaba dividiendo las cosas: los destellos, los rostros, sus sombras, los edificios, la soledad, los ruidos. Entonces la boa se movió como el océano tranquilo, apenas una oscilación mínima, un fantasma saliendo del sueño con pereza. Se le notaba la responsabilidad profesional: había llegado la hora del trabajo junto al hombrecito que ponía en orden las pequeñas cajas de pomadas. A su lado el gentío caminaba entrando y saliendo de las puertas sin fondo del comercio y las iglesias. "Por encargo de la fáabri-

ca”, gritó el charlatán poniéndose la boa como una soga en el cuello, curvándose al sentir su peso, explotando ese brillo aceitoso, pero rápido de reptil redondo como manguera de bombero.

Era el momento de predicar en el desierto su verdad en medio de los rostros planos, de las gentes sin nada adentro, apenas los ojos pasando como chispazos entre los semáforos y el tic-tac de sus pasos vistos desde la altura como si les hubieran dado cuerda a cada uno antes de salir de sus casas. “Por encargo de la fábrica”, repitió, escrutando la nada, la multitud vacía.

Tal vez la boa sintió frío; el sol cambió de lugar en su piel, contra su piel: las pequeñas luces también se mudaron con estremecimiento.

El charlatán continuó hablando con nadie, así mismo, a la boa, repitiendo las 3.500 únicas palabras de su discurso sin fin, remarcando las 3.500 pausas tan metódicamente controladas por la experiencia de los años.

En ese momento llegaron sus colaboradores, los “palos blancos”, los compradores ficticios, los estimuladores del interés callejero. Uno era alto y el otro bajo; se diría que la boa se movió al verlos. Era el resto del equipo.

... “por encargo de la fábrica traigo esta pomada milagrosa. Yo no pago patente, ni arriendo, y por eso estoy en condiciones de...” Cortarle el paso a la gente, detener el trajín, es como abrir un hoyo en el agua, decía el charlatán a su mujer en las horas de descanso cuando confesaba las dificultades del oficio.

Es como si la voz del charlatán (mía) marcara un número equivocado y acertara y en el otro extremo otra persona escuchara, el único ser sobre la tierra dispuesto a oír, mientras los otros hablan, hablan, hablan, se hablan ellos de ellos mismos y se contestan ellos mismos contra ellos mismos y la voz no se detiene nunca, desde que viven hasta que mueren en un solo chorro, un solo canal, el único precipicio que se eleva y desciende y transfigura las cosas, y las deforma o las hace más bellas y siguen hablando, hablando, hablando... sin poder escuchar.

—¿Cuánto le costaría esta pomada milagrosa en una farmacia que tiene tantas luces, tantos empleados, tantos gastos?: el triple. Yo no tengo nada contra el comercio legalmente constituido, pero no crean ustedes que lo digo por interés. No se verán en otra —repetía el charlatán, moviendo el dedo en forma sentenciosa, como un apóstol.

Su voz se elevaba sobre las otras miles y miles de voces superpuestas y escalonadas que iban pasando en ese momento por la calle, voces que se habían quedado afuera de los rostros y del alma, refunfuñando, protestando, amando, comprendiendo, solicitando, huyendo, martirizándose hasta volver a su reducto original, el gigantesco silencio de la ciudad, de las frenadas bruscas y los escándalos rojos de las noticias de primera plana de los diarios y el maní caliente y el ruido hondo de las campanas.

La voz del charlatán adquiriría entonces un color distinto, un volumen diferente, una capacidad para trepar entre las otras voces de la selva, como un tra-

pecista equilibrando su número, su gracia, entre sílaba y sílaba.

—Es como tirar muchos anzuelos —le confesaba el charlatán a su mujer.

Hay rostros que compran y otros no. Están haciendo hora. Eso se sabe. Uno mira y puede descubrir los que están escuchando, los que se hablan a sí mismo dejando la conversación del charlatán en otro plano, de fondo, pero a la larga compran, a veces a la segunda rueda, después que el discurso de 3.500 palabras empieza a repetirse y dice las mismas exactas cosas igual que un hombre a su mujer después de vivir mucho tiempo juntos. Entonces se deciden y sacan la plata y el “palo blanco” dice con voz solícita: “Por favor, deme una” y yo contesto: “Con mucho gusto, señor”, “es un producto garantido”. Y luego “pica” el resto, hasta cinco por rueda los días de suerte y con eso ya uno saca su utilidad.

Yo mismo donde usted me ve, estoy costeano los estudios de mi hijo poniendo la cara en la calle. Primero la cara se cae y después no. Mi hijo todavía cree que trabajo en una oficina, nunca quise decirle. Y eso que tiene 12 años. Está en un colegio caro, en un colegio particular.

... “esta pomada es el producto de pacientes años de estudios en los mejores laboratorios del mundo...”

Rostro indiferente.

¿... cuántos hombres de ciencia se han quemado pestañas... ?

Rostro curioso.

... “estos científicos han pasado años enteros, día

y noche, mirando por el microscopio los bichitos, viéndolos caminar, saltar, jugar...”

Rostro ambiguo.

Cinco rostros más. Un rostro lleno de rayas como el dibujo de un niño, irregular, inseguro: una madeja con las huellas de la vida, trozos de experiencia, del dolor humano.

...“así es la cosa, señores y señoras. Esto no es juguete de niños chicos. La pomada lleva el sello de un laboratorio solvente, sol-ven-te, que lo distribuye por el mundo entero”.

La boa hace ondular los reflejos del sol desde la cabeza a la cola, ocre resbaladizos bajando a tropezones por su piel, como un ciego huyendo de un incendio, verdes más encendidos por el calor, azules directos, destellos casi de plata, plata pobre, plata vieja.

El círculo de rostros curiosos aumenta. Primeros, segundos y terceros planos.

Cuando recién empecé parecían todos iguales, pero más tarde con la experiencia, uno descubre que son distintos y algo extraño: no se olvidan nunca.

...“aquí tengo un documento (lo muestra), es una carta de una persona que estaba desahuciada por los médicos. Vendió una casa para costear su enfermedad. Con decirles que fue hasta donde una meica y nada. Pero un día que iba pasando por este lugar escuchó mi palabra y llevó una cajita de pomada y a la semana me vino a dar las gracias, estaba sana y buena y parecía que venía del liceo, y eso que tenía 80 años, la viejuca”.

Rostros en hilera, en fila, casi transparentes, móviles, desplazándose, intercambiados.

Se mira con el rabillo.

El que va a comprar tiene un fulgor en los ojos, es una lucecita, y eso también se aprende. Es como si se pusiera orgulloso, se mueve. Y uno va sacando la cuenta... Y uno mira otra vez la multitud indiferente y veo el rostro de mi hijo.

Me estaba condenando con la mirada, y el grupo de sus compañeros de curso no entendía, pero la clavó descubriendo al padre actor que (soy yo) con su impecable camisa blanca, retrocediendo, levantando las manos en un gesto de espanto y luego de tomar un poco de aire, volver a la carga: conmover, estremecer a ese bloque de curiosos que costeaban su matrícula, sus libros, su uniforme, los zapatos. Quise arrancar, dejar la boa botada y la mercadería, pero recordé que era un profesional y llegué hasta la palabra 3.500 y vendí más que nunca y hasta uno de los muchachos que acompañaba a mi hijo me compró una cajita. Y después dije: "Está bueno por hoy".

Y nos dispersamos.

Le dí su parte a los palos blancos y comencé a enrollar la boa más temprano que en otras oportunidades. Y mi hijo mirando la maleta donde guardaba la mercadería, las cajitas sobrantes. Escuché su voz como debió oír la mía separada por completo del ruido infernal de los motores y las palabras tantas veces entrelazadas de los transeúntes.

Entonces tomamos el camino de regreso.

El me iba haciendo cargos (creo yo), pero el tra-

bajo no deshonra a nadie, el trabajo de hablarle a la gente para que compren lo que no les hace falta.

Yo le iba contando lo que había sido mi vida y las dificultades que encuentra un padre para educar a su único hijo. Tenía miedo que no me entendiera, por eso le hablaba, aunque sólo para mí.

Pero él contestaba con orgullo que éramos amigos, que le gustaba contarme todo lo que le pasaba. Pero seguía sin hablar rodeado por nuestros dos silencios, escuchando los infinitos ruidos. Los ruidos solemnes y los fabricados en serie por la frivolidad y la costumbre de vivir.

Yo tengo la impresión que nos mirábamos por una esquina de los ojos, sin apurar mucho el paso, como tratando de preparar el terreno para decir algo, para decirnos alguna cosa, pero ninguno de los dos quería hablar primero. A mí me parecía que el muchacho iba reflexionando, ya un poco anciano en ese momento, pensando a lo mejor que su mamá tampoco sabía que yo era "charla", que me ganaba la plata en la calle subido a una tarima como un actor aficionado, exagerando los gestos, estudiando a la gente para venderles las cajitas. Yo le iba diciendo a mi hijo, sin decirselo, que muchas veces intenté hacer algo distinto, entrar de nuevo como empleado de alguna tienda o almacén, pero me sofocaba ahí dentro de las cuatro paredes, hablando poco o casi nada, sin libertad. Y sobre la libertad le voy a hablar si me dice algo, pero no me dice nada, sigue callado mientras caminamos por la gran ciudad escuchando cada uno su voz y ahora me pide si puede llevar el canasto con la boa que siem-

pre guardo en la casa de un amigo y yo le tomo el bolsón y seguimos hablando metidos en nuestros silencios. Siento que el silencio de él es más tierno, como debe sentir un padre el silencio de su hijo cuando el hijo comprende. Cuando comprende todo o una parte del silencio de su padre y así pueden llegar casi abrazados a la casa, riéndose, riéndose en tal forma que la gente que no sabe de qué se trata, también se pone a reír.

UNA HISTORIA DE AMOR

Personajes:

Cerón, Isolina, *Guata e'Lápiz*.

Lugar de la acción:

Botadero de basura, no muy distante de un ministerio.

La mosca contra el sol era verde y azul, más verde que ocre y también con un tinte rojizo en movimiento temblando confuso: es decir, un diamante ardiendo en pleno desvarío.

Las otras moscas moscas moscas moscas del basural cambiaban ese orden, bien al derrumbarse desde las alturas de los verdes más deslumbrantes hasta los amarillos siniestros con toda una gama de desórdenes de por medio, con oportunidad para un rojo ambarino y ambiguo y tiznes en tonos apagados en que no estaría ausente, por ejemplo, el concho de vino y el verde agua, el verde nilo, el verde esmeralda. Las gemas se ramificaban redondas y cuadradas y los otros oros, los distintos oros parecían perezosos dentro del hervor ge-

neral, levantando una sombra, un techo casi líquido aunque no tanto sobre el lugar en los suburbios de la ciudad.

Los desperdicios reunidos a lo largo de cuatro kilómetros cuadrados como un inmenso pastel de mil hojas (maligno, flotando suelto), todo el desperdicio de la felicidad y el dolor humano acumulado entre las moscas-sílabas, las moscas-mordiscos, las moscas-avispas, las moscas aterradas y tornillos husmeando el olor verde y póstumo traído y llevado por el viento y los garfios de los cachureros, basureros, estercoleros, que se ganan la vida juntando huesos, cartones, vidrios, botones, cartas de amor en desuso, colchones destripados: el síntoma oculto de la existencia, la trastienda de las sobras, el saldo innoble de la gran ciudad.

Cuando Cerón comenzaba su trabajo en el extremo sur del basural, rompía el equilibrio de las moscas que se desplazaban en grupos distintos, agrupándose en diferentes llamas secas, corroídas por el peso del sol cuando las mujeres seguían nadando, bogando, envueltas por otras nubes negras y aparecía, de pronto, Isolina en un extremo y las moscas altas, divididas, era la señal que otro ser humano se estaba incorporando a los miasmas, al aceitoso vaivén, al oceánico buque de alas de aluminio.

La carrera de la joven pareja resultaba inevitable: resoplaba el colchón espumoso, crujiente y a la vez suave de la basura y el movimiento del ritmo de la mugre tenía algo de etéreo bajo los pies de los enamorados. La desesperación por abrazarse enfurecía las moscas que miraban pasar por los pequeños cubos de

vidrios de sus ojos: el muchacho y su mujer alzando los brazos sin poder juntarse nunca, envueltos por el vaho que casi manchaba la única tonalidad limpia del aire tapando el sol y el resto del mundo y el suburbio de la Candelaria.

Aún ya mirándose para iniciar el eterno juego, las moscas no lograban rehacer su furtivo trabajo devorador, en medio de los papeles y el saldo abyecto de la condición humana creando una especie de color inexistente, tan rápido que no podía ser captado y que, sin embargo, se desplazaba a velocidad cambiante, atemorizadas con ese campanilleo de los vuelos en masa: un sol rabioso y negro sin duda pintado por Van Gogh en una noche de locura con ribetes espesos que se incrustan en la piel y en la alta copa de los árboles y en la rueda de los autos circulantes en forma de haz, y de pez, de sacrílego encono, un mordisco a mansalva en el ojo.

Y si la pasión llegaba al extremo, como ocurría con frecuencia, dejando caer una lágrima en la cara de Isolina, era rápidamente devorada por las moscas que se encimaban formando una cinta no muy ancha, pero excesivamente larga y encima de los insectos rabiosos se instalaban otras moscas, armadas con la prolijidad de las arenas del desierto o como las gotas de un océano que de pronto se quebró movido por el viento y entra en dispersión, y dentro de tales circunstancias reinaría el caos, toda la gama del desorden, temblorosamente.

Se amaban desde niños. Tenían que llenar dos sacos diarios de basuras y ahora estaban reuniendo el

dinero para comprar el carrito de mano; escondiéndolo bajo unas piedras, protegido, también por las moscas. A mediodía, dejaban de trabajar para ir a la Vega y robarse de paso alguna fruta, comprar un pedazo de pan hasta que un día que habían entrado a un almacén, en el momento de salir arrancando se les cayó una ruma de tarros de conserva y las latas comenzaron a rodar. La carrera, en medio de los duraznos y tomates y hasta los zapallos, y el grito de las señoras terminó cuando Isolina y Cerón quedaron acorralados junto a los puestos de mariscos.

—¡Arranca, Isolina! —le alcanzó a decir el muchacho en el momento de separarse por primera vez en la vida. Ella quedó como ciega, sin oído y movimiento mirando cómo la imagen se adelgazaba por completo al final de la calle barrida. Con el tarro en la mano, Cerón fue llevado a la comisaría para que confesara “soy huérfano y nada sé del resto de mis ocho hermanos”, todos vagos, usted conoce el asunto, mi madre lavandera, el padre borracho, salir a pedir la limosna, y primero se fue mi hermano mayor y luego el otro y el otro hasta que no quedó ni uno solo, todos perdidos en las calles y la miseria y el abandono.

Isolina, como todas las noches, preparó el fuego bajo el puente y se puso a esperar con sólo la mitad de su cuerpo, vivo, mientras los humos arrastraban la espesura de la noche. Intentó dormir con un solo ojo, midiendo el peso de la oscuridad y también su peligro: sombras nuevas para ella, sin protección. Los otros desamparados la dejaron encorvarse alrededor de las brasas, casi al alba, rendida por el sueño y después juntó

su saliva con la ceniza y hecha un nudo intentó esperar el día, escuchando el chapoteo de los pasos negros caminando sobre el río sucio, cada uno buscando su último refugio y cuando por fin cerró el otro ojo, comprendió que era demasiado tarde: el "Guata e'Lápiz" ya estaba encima, la espuma separada de la boca y los dientes astillados, intentando crucificarla en el escombro de las últimas brasas y el corto lecho del río. El la estuvo golpeando y gozando con su risa de caballo, con sus gritos de tigre, con sus maullidos de ratón, con su vocinglera astucia de zorro estrujándola cuanto pudo como si la tarea consistiera en no dejar nada de ella, pero sin que muriera: sólo el aire necesario para que se parara de nuevo y armarse reuniendo la vejación, el desorden, tan amplio de su cuerpo y los cabellos azotados, inútiles y sus uñas sangrantes.

Cuando empezó a llegar la mañana buscó una sombra dispuesta a morir esperando las nuevas luces como detrás de una pesadilla que girara por encima del puente donde desfilaban de nuevo los camiones y los transeúntes, andando el camino de todos los días, mirando las aguas sucias del Mapocho y aun esas sombras no levantadas de los pelusas y otros residuos pidiendo a gritos un pedazo de pan.

—Cerón, fue así como te estoy contando, no te rompas la cabeza contra la pared, ¿por qué te muerdes las manos, la espalda, las tripas? Deja de derretir ese fierro, de un solo golpe has desinflado un caballo, mordiste una estrella, cómo tuerces la mano del mar y de una pala, soplando haces un cuchillo. ¡Cálmate, huachito!, si sigues rugiendo no podrás escucharme, si

sigues bufando no conocerás los detalles, cuando yo estaba alrededor de la ceniza, también lo mordí, pero no quiso soltarme, bájate de esa nube, aterriza, cuelga tu bozal, tu aceite hirviendo, tu gula de tornillo candente, ven y escucha como antes, cuando en las noches me decías que eras bueno y ahora vas al basural volando, apenas puedo seguirte y las moscas se separan de nuevo en abanico por la violencia del peso, forman un hongo puntiagudo, chocan, estallan, descentradas por el huracán humano porque Cerón tu cabeza va como una cuadra adelante y luego pasa el resto y al final la mano que lleva el cuchillo, tal como la noche que persigue al día, pero sin que se adelanten, y ruge Cerón, agarrado de los barrotes de la tarde, es de fierro el aire, los lingotes del viento y se mueven los gelatinosos decretos municipales, los archivos reseco de los montepíos, las horas del hombre perdidas en el mar de las estampillas inútiles, de las sillas solitarias, de los estacionamientos catastróficos, cuando subió y bajó y volvió a subir un número, una suma y una resta y la multiplicación de su desdicha al por mayor, sin hora, y volvió a repetir no su nombre sino su horario, su número inconfundible y el archivo en el cual estaba toda su vida, desde el primer vagido, tiene que desaparecer si no paga la coima y es don nadie, sentado en la intolerable silla de la tramitación humillada. Pisa Cerón todos los recibos de defunción, la confirmación oficial de la muerte mordida por las moscas, las letras del sueño dorado de la **casita propia** y las moscas vuelven a abrir sus impresionantes vitrales, ese sopor de sus tonalidades que estallan como si se tratara de un pútrido

juego de artificio, en que cada tono es como el trasluz de la frustración y del fracaso rotundo, carcomidos por los colores de sus alas pegadas con cola de carpintero.

Cerón no levantes tanto el cuchillo. Isolina sígueme si me quieres, sígueme, las dos sombras planas y magníficas motorizadas por la ira y la venganza, torvas y casi sanguinolentas por presunción, cada paso abriendo un nuevo olor, un distinto tono entre las capas superpuestas y las hendiduras del miasma, una nueva náusea. El Guata e'Lápiz se dobló al verlo, desde lejos y al hacer un gesto de rechazo, las moscas lo dejaron libre y sin aureola durante unos segundos, para luego caer sobre él como si fuera granizo que rebotara en el peligro mientras Isolina esperaba arañándose el dolor y sólo las moscas entorpecían el silencio, el movimiento titubeante de los dos cuchillos, Cerón, como un remolino, esperaba el asalto y su contrincante haciendo más exagerado el sopor de la basura humana, mirando desde dos metros los ojos, el mutuo aleteo de la nariz, la saliva corriendo por las dos bocas y las moscas a la caza de la víctima husmeando el final de la muerte, el color de la sangre que ya estallaría fuera de las venas mientras los cuchillos, sólo los cuchillos se acechaban, cada uno detrás de la mano pero tan distantes del cuerpo, nervudos, ciegos, temblorosos, esperando la oportunidad, calculando el nudo del corazón.

¿Recuerdas, Isolina, cómo Cerón, a pata pelada, clavó el cuerpo en la basura?, certifico que, y las moscas se despedazaron en tantos verdes en ese volumen ferruginoso y amarillo latente y negro y runruneante, con

aspas, como si cayera una lluvia de aserrín y granizo salmón en las orillas, húmedas en su nuevo contubernio, apenas como élitros que no dejaban ver el sol hervido, colándose por los ojos de las moscas y los contrincantes, doy fe, acuso recibo, atentamente, nos es grato, la montaña vomitada por la burocracia abúlica, próceres marchitos a media tinta y media agua como el cardumen de las moscas, amasadas, fritanga de oro y melaza, de color diurno aunque con hollín en sus aureolas, nos permitimos informar, porque en el curso de la presente, y giraba Cerón como la rueda de una locomotora, pero fuera de su eje, varias veces contenido en él, pero temblando fuera de esos límites con varias líneas sueltas, que le sostenían el cuerpo, las moscas usurpadoras, vagas, atolondradas como querubines diestros en el estacionamiento inseguro del cielo picando en ese verde derramamiento de las líneas pútridas, de los círculos onerosos de todas las comunicaciones en bancarrota querido espero que al recibir la presente te encuentres bien, nosotros bien, hasta que empezó a volar el victimario, el victimante, el que iba a morir danzaba como si tuviera en cada célula un resorte y también una mosca, un disparo de alas transparentes y veteadas con ramificaciones azules, como várices del aire pegajoso llegando a su destino con dificultad y Cerón seguía fijo en el espacio que acarrea el tiempo: un solo nudo indestructible, como la muerte que nos destina la vida, completa, ni más ni menos y hecha a nuestro molde y semejanza, croando, trasbriendo, cubriendo, amontonando en su rincón con las moscas disueltas en su escapatoria y de dónde viene saliendo el Guata

e'Lápiz, este náufrago al revés que se levanta de las moscas como si tuviera temor del azul que viene derivando en golpes tenues, ocres, borrando todo lo que huye, el hocico de las moscas repartiéndose el cadáver de antemano, nos veremos en la obligación de, otro cúmulo de moscas que nadan a horcajadas, en herrumbre de plata, en aciago de muela vieja, sin oficio de masticar, y quiere hundirse en el pantano puro, muy señor mío, sus atentos servidores, tendría usted que iniciar nuevamente la tramitación, cuando la primera cuchillada dejó el día partido en dos: las moscas decapitadas, el viento destrozado, el airē hueco y reventado mientras estalla Cerón, tirando espuma, barro, acero, garabatos, dientes que salen como disparos, los huesos que nadie detiene y husmea el lugar preciso donde caerá de un solo golpe Guata e'Lápiz apenas un ovillo engendrado en el miedo, saldo de todos los residuos, de los oficios y cartas devueltas por falso domicilio y recuerdas ¿Isolina?, cuando empezó a estremecerse como si le estuvieran tirando agua hervida en el espinazo y ¿recuerdas? cómo el Guata e'Lápiz se dio cuenta que estaba perdido y trataba de esconderse entre las moscas, inventando esa frágil sepultura de azules desconocidos, rojos de fátima, verdes de regocijo invernal, como si fuera él mismo una mosca mayor arrepentido y renegando de las tripas, del bulto de tener ojos, orejas, algo de estatura y de la vulnerable posibilidad de respirar y sentir que la sangre le seguía llegando muy a su pesar al corazón, como cuando un náufrago llega al fin a la playa de las moscas, las moscas y le runruñean en el oído la pesadilla del mar colgante, el pe-

queño abismo de la mosca y el Guata e'Lápiz pide clemencia, con un puñado de moscas en cada mano con una cruz de moscas en la espalda, ciego está y no ve el sol póstumo, lleno de vetas, raído estambre, y ¿recuerdas? los alaridos de Cerón, moviendo otra vez el resorte tambaleante que bufaba y ¿recuerdas? que casi se fue de espaldas cuando levantó el brazo con tanta fuerza que se dio una vuelta de carnero y todo el mosquerío pareció imitarlo entrando en tirabuzón, en ovillo de molino: fragua de fuego enloquecido y levantó el cuchillo y levantó el cuchillo como si en realidad se tratara de una pirámide dejando en equilibrio el resto del cuerpo como si fuera a saltar al vacío de las moscas que se enredaban en el apremio tirante, cortante, como dividiendo el aire, por donde iba a pasar la tajada, el fégredo, el trí-gamo, la palada caliente de la hoja hirviendo, respirando la muerte, con los dientes abiertos igual que un torbellino que arrastrara casas y puentes, gallineros y galpones y ¿recuerdas? que ya nunca volvió a cerrar los ojos y las moscas lo colmaban de súbitos desvaídos negros, soplidos y resoplidos: toro que hendía su tusa en la sangre de la tarde y el Guata e'Lápiz continuaba ator-nillado a el miasma, como queriéndose devolver al primer barro del universo y tomar cualquier forma que pudiera respirar siquiera, no comer ya, no andar ladrando por las calles tras un tarro de sopa caliente, sino atisbando cualquier caparazón anónima no humana con los ojos conectados pegados-incrustados a ese cuchillo que se movía con las moscas, blando entre los azules que se astillaban de repente, plateado entre los verdes redondos y sobrantes y ¿recuerdas? que enton-

ces Cerón, aplastando las moscas, triturándolas, haciendo pedazo el aire a patadas y mordiscos, empujó el cuchillo y con todo el peso del cuerpo lo dejó caer sobre las moscas sonando como un relámpago sobre el cráneo del Guata e'Lápiz y lo hundió entre nos veríamos en la imperiosa necesidad, querida, si cuando no estás, y algo crujió como cuando se corta un puente con soldados, algo de astilla se fue perforando, seco, mientras el Guata e'Lápiz quedaba dividido en dos partes tan exactamente iguales que nunca la mitad del lado izquierdo volvió a saber el destino de la mitad del lado derecho.

EL MAR ES COMO UNA CASA

Personajes:

Un buzo, dos boteros.

Lugar de la acción:

Alguna playa, posiblemente Lirquén.

Dale con la botella, dale con el bote, dale con el mar, como si ya efectivamente el buzo estuviera bajo el agua, abriéndose paso a cámara lenta, separando el bloque del océano, los listones, los pilones, las burbujas de metal, esos cristales de palo, pero más transparentes, el lento bosque que estaba verde en ese momento y dale con la botella azul, parecía como si el cielo estuviera combado en la copa cuando con los pies de plomo tocaba el fondo de todas las cosas, las arenas del origen, la piel endurecida que quedó sobrante, la piel de tantas vidas que ni siquiera se insinuaron, mas tuvieron la posibilidad, remota, de salir a flote manoteando rotas burbujas como los ahogados, buscando como un celaje la luz y después el sufrimiento escalonado de la edad, el porvenir de la desventura: el hecho de in-

corporarse a una forma, digamos, también a un nombre y apellido con una casa y un número y niños afuera, jugando y los perros olfateándose.

Los suaves corpúsculos huyen, son pedazos absurdos de la muerte, cuajarones que sirvieron de señales, vaya uno a saber, la llave que parecía reloj a no ser por los ojos que la están cubriendo, cuerdas flojas de ahorcados ya inservibles, luego el légamo, el tálago, todas las asonancias de las palabras inventadas para producir belleza que también cayeron alguna vez al mar, retazos flácidos y licuosos de los sueños, la usurpación de la realidad asaltada en medio del caos y del delirio como una forma natural, verde con todas sus precipitaciones movibles como aspa de molino para hacer una burda comparación y también como es lógico, los naufragios escalonados en los estadios de los siglos, apenas como una escalerilla, manchas, parpadeos que ya nadie entiende, signos telúricos de la nada, un hueco por donde el mar pasa silbando callado, limando sus asperezas y pule por fin aquel hueso, ese otro corazón, las tripas que conformaron la energía del amor y besaron, por último, la boca que flota a la deriva nadie sabe dónde sino cuando la toca, es decir, la besa; en fin, las calles que hay que recorrer y hacer trizas para dar otro paso, no el último, diríase que es de aceite la trampa, la puerta, la salvación y dale con la botella y mostrar ese traje lleno de remiendos, como si fuera de payaso, tan triste, con sus colores distintos, recauchados, **¿cómo se puede ser un buzo tan tirillento?** —dijo el fotógrafo—, colgado cabeza abajo secándose al sol, es como un gangocho y los niños miran por

algún agujerito y el hombre no está adentro porque dale que dale con la botella y anda tres días con sus noches caído en el chuico, nadando morado, rosado, ambarino, cómodo en la botella, redondo en ella, cuadrado en su profundidad, fino en sus destellos cuando llega la mañana y el sol comienza a morder: ve todo amarillo el mar, las luciérnagas de las olas que son metálicas, mas siempre es de oro el fulgor que rompe los ojos, la cicatriz que va quedando en vez de la mirada, el orificio para auscultar el primer día del mundo. Emergen los peces duros, las viejas con sus tarros de leche en la cabeza, como si efectivamente llevaran el universo, un saco de lágrimas endurecidas y hasta los perros se ven largos, largos y no terminan de pasar nunca cuando el sol entra por la rendija mojada de los ojos, el sol que explota dentro y se siente ácido y pican sus destellos como si el buzo estuviera metido en una ola, en un fondo opuesto al fuego y la vieja le preparara su explosivo, su caldillo sangriento, que enrula la lengua, la tuerce con sus vahos y jugosidades aéreas pero más chicas en relación con el sol que sigue cayendo a patadas y sorbe el buzo su contenido. El mar no disminuye el volumen y mira el traje de buzo; ningún pájaro se para a la redonda y los cristianos que pasan pegan un salto aunque sea disimulado y ven a Cristo en su atmósfera natural, pero al revés, inventando un nuevo suplicio, patas para arriba, de goma rosada el pobre, sin manos eso sí, en la cruz, secándose.

Y dale con la historia de meterse al mar y con un poco de sal el trago mañanero no es tanto, pero se siente que algo se estruja y vienen los tiritones con el

motor malo, hasta que el segundo medio pato hace abrir los ojos y se ve la isla al otro lado, un solo listón que tira destellos a la chuña, y los veleros como cuchillo, pero que dan bote y cabecean inflados como si fueran a estallar, rompiendo el agua, y el pecho de los borrachos (porque en esa cavidad del cuerpo navegan) cuando uno está en tierra y llegan los compadres, mutilados por la sed, se le nota por la arena que tienen en la boca y los velos que les cubren los dientes. Aspero es su refugio tanteando el mundo de amanecida y van descubriendo que no hay una pizca de sombra a su alrededor, sino todo es furor de la tierra lo que se levanta. Reunido el trío sobre el muro amarillo de madera comenzaron a vestir al astronauta, ponerle su escafandra, con el vidrio molido y roto, los zapatos de plomo, pero rebajados a la mitad de su peso (porque el saldo lo fueron vendiendo de a poco por culpa de la caña) y entonces flota como un badajo, es decir, no está nunca firme sino que se estruja para todos lados, haciendo glu-glu, pero la experiencia le sirve para sujetar medio lado aunque a veces regresa a la superficie como un bólido y en esos casos es preferible que baje con un ancla manual para solucionar el problema. Se fondea con toda tranquilidad en los alrededores del cholguerío, del banco de mariscos y cuando tiene que partir, leva el ancla, toca el pito y esparce las burbujas y se empieza a elevar como si se tratara de un querube en medio del océano aferrado al agua, casi siempre al revés, manoteando temeroso de escapar en sentido contrario al bote que le suministra el aire. Se instalaron en la embarcación rumbo al sur, no distante de la

playa, porque el sol les cortaba el mar, los ojos, los brazos, ora de arena el agua y los remos pasaban en banda y los aventureros no podían avanzar como si el mar fuera mantequilla y duro y la trifulca y el enredo se podía ver desde la costa, porque en realidad todavía no dejaban la arena, confundidos entre la goma del aire, levantándose y cayendo, como si hubieran sido laceados a mansalva por un cow-boy, tratando de salir del enredo para entrar de nuevo en el lío, todo en medio de carcajadas y maldiciones y el sol derramando sus mordiscos hasta que enfilaron la proa y se metieron por fin al agua para regresar de nuevo a la arena.

—¿Y sabís que más? —dijo uno.

—¿Qué más? —contestó el otro.

—Que el mar no es ninguna cosa.

El buzo trató en vano de abrir los ojos.

—¿Cómo? ¿Toda esta inmensidad, no es nada, entonces?

—Eso mismo.

—Está tonto, compadre. Ya se le empezó a trabar el mate.

—Es que usted no entiende.

—¿Cómo que no lo entiendo, compadre? —porfió el otro—. ¿No ha dicho usted que el mar no es ninguna cosa?

—Ninguna cosa es, pues.

—Está mal, compadre.

—Mire —argumentó—. Supongamos que algo, que el mismo mar (claro el mar), es tan grande, que no es ninguna cosa.

El otro dudó, tambaleándose.

—¿Usted dice que las cuestiones grandes son tan grandes que son chicas?

—Rotundo —dijo el otro, bajando un dedo con todo el peso de su cuerpo, cayendo de cabeza en la arena.

El otro lo persiguió intrigado, todavía confuso.

—Porque la grandura es una sola. ¿Entiende, compadre? No se le puede sumar más grandura. O sea, es una cuestión del porte de un buque: grande, grande...

Le empezaron a fallar los argumentos.

—Quiere decir que es tan grande que se pasó para el otro lado.

—Eso mismo. Por ejemplo, la grandura, es mucho más que un millón de pichintunes, pongamos por caso.

—Es más que las estrellas.

—Las estrellas...

—El cielo.

—Más que el cielo.

—Es todo lo bueno que hay en la tierra y entonces ¿ah? se mezcla. ¿Y qué sale?: la grandura.

El otro empezó a titubear mientras el buzo pegó el grito:

—Sería mejor que remaran antes de seguir hablando tantas leseras.

—Usted se calla —casi repitieron a dúo los remeros—. ¿No ve que perdemos el hilo?

—Como le iba diciendo, compadre, con el mar pasa la misma cosa. No es una baratura. No. Es grande el mar, u sea, chico.

—Está atravesado, compadre —dijo el otro con el rostro enrojecido.

—U sea, que para ponerle un ejemplo, una pulga es igual a un elefante.

—No, pues, compadre, no es lo mismo. Lo que pasa es que usted no se presta para seguir el curso de las ideas.

Recibió un codazo.

—Claro, claro —fue la respuesta irónica.

—El elefante es el elefante, y la pulga, la pulga. Usted puede tener ni que media colección de elefantes, pero de mar, no. ¿No ve que es uno solo?

—¿Y usted qué dice? —le preguntaron al buzo que seguía indiferente el curso de la conversación.

—Yo creo —dijo—, que los dos están echando fuera del tarro.

Los remeros lo miraron con respeto.

—Yo creo —afirmó—, que el mar es como una persona, como un cristiano.

—Grande —acotó el otro.

—Déjeme terminar —dijo el que estaba de oro por el sol que le caía en la cara encendida—. Hay gallos que son como una pulga y cuando se van al patio de los callados le hacen una raya en el Registro Civil y...

—¿Qué hizo? —preguntó el buzo abriendo los dedos de la mano derecha para contar las hazañas del difunto. Cambió de voz para contestarse—: ¡No hizo ninguna cosa!...

—¿De qué está hablando? —preguntó uno de los remeros.

—Por ahí se pegó sus trancas, le plantó seis o siete críos a su pescaíta y quedó conforme.

—¿A dónde quiere ir? —interrogó uno de los que tenía el remo en la mano.

El buzo se entristeció para contestar.

—Eso es lo mismo que yo pregunto. ¿A dónde queremos ir?

—¿Que no vamos a sacar una percha de piures? —dijo el más realista del grupo.

—No es eso —replicó el buzo—. El mar es como una casa. Sólo los que viven adentro saben lo que ocurre entre sus paredes.

—Está más curado que nosotros —afirmó el remero vestido de negro.

—Pero cuando se muera el mar...

—¡No! ¡No! —protestó el pequeño coro.

—Es un decir —dijo el buzo—. Si se muriera...

—¡No! ¡No! —porfiaron los otros.

—Yo creo que todo el mundo iría al entierro —agregó— y con las mismas lágrimas del velorio, se formaría otro mar, porque el mar está condenado, no puede morir.

Luego se pusieron a escuchar el silencio, la quietud nerviosa del mar tempranero, cuando está como ácido y plano parecido a un techo de puro tranquilo. Y dale que dale con la botella y llega el instante en que rompen el cogote, el gollete, el líquido chispeando y se lamen los pescadores el pecho tibio y rosáceo: la pesadilla de no saber a qué lado del mundo estamos, el cielo aplastado por el mar con toda su fuerza y los tres hombres tratando de salir del atolladero con la lengua afuera para seguir respirando.

Hasta que bajaron al buzo como una hélice, hacien-

do círculos parejos en el mar y los otros remeros girando la rueda al mismo compás, llevados por la fuerza de su cuerpo inseguro, sin escuchar los reclamos que llegaban desde abajo, tirando la cuerda vital hasta que el buzo volvió a la superficie flotando, gordo, parándose para seguir a la costa como si pisara en el aire, a cámara lenta.

Subió al mercado marisquero, apareciendo en el puesto de doña Tulia algo oblicuo y retorcido, como una tajada de fuego vertical, absurdo y chorreando algo de mar como un nadador abriendo las aguas en seco, sin tener nada que esperar, fulgor que dejar de lado, oleajes que devastar, burbujas que crujen como estampidos menores pegando su borbotón en el traje de goma con mangas asalmonadas, escarbando con su garfio, en tierra firme, los canastos de pejerreyes fileteados, las apancoras cocidas, rojas, con sus dedos también al sol, sus cucharas con ribetes negros echando espuma por la boca, un agua azul y suelta y los ayudantes dale que dale con la rueda, desde la distancia, apurando el milagro del espantapájaros torpe que apenas abría los brazos rodeado de abismos cortos, un ángel sujeto por sus anclas de plomo perseguido por los niños que eran vistos a través de la rejilla de la escafandra como si en realidad fueran querubes a pata pelada y coloreados por el sol, señalándolo con el dedo, y el resto de la poblada como si se tratara de una procesión en que el santito dirigía el tránsito llegando hasta la ventanilla para pedir un boleto de segunda clase a Concepción, mirando los corridos vagones, la borrosa locomotora en medio de las aguas, con el humo vidrioso, de goma

y el rostro del conductor hablando desde la profundidad del océano y el buzo arrellanado pierna arriba en el asiento de madera aplastado por las aguas en movimiento y los remeros dale que dale con la botella y la rueda, ceñudos, severos en la tarea de seguir inventando aire, como una enorme manivela de un Ford T de bigotes, sumergidos en el oficio de no fallar al hombre que estaba buscando mariscos entre las aguas, llenando su bolsa, viendo pasar el campo, la velocidad de los árboles, las nubes rasantes, las gaviotas, los buyes, las cruces y los pasajeros que llenaban el convoy, rodeados de canastos con peces inmóviles.

LOS SOCIOS

Personajes:

Un payaso abumador de pescado.

Un payaso bojalatero.

Lugar de la acción:

Bar "El Buen Pensamiento".

Bar "El Buen Pensamiento" y el tizne del hollín de la estación; Hotel "Los Placeres", los chirridos de las locomotoras, los gritos: el diario, los lustradores, las empanadas de los sábados, los pasajeros, las maletas.

Entraron abriendo en dos el bodegón, el humo, las hileras azules de botellas, ocres. Semioscuro el recinto, el ruido de los dados, los rostros alargándose y acortándose, el choque de los vasos, las voces intercaladas en múltiples direcciones.

El mesón tambaleante. Los borrachos en ese punto de la discusión de las cinco de la tarde cuando la justicia es ecuánime y la amistad profunda.

Les tocó el rincón, es decir la penumbra al lado del aviso: "Caballeros", en ese ángulo casi amarillento

del recinto y la mesa coja, los grandes mapas de vino chorreando las tablas y las sillas con asiento de totora.

—Por aquí será, compadre.

—Es la única que va quedando desocupada —aseguró el mozo—. ¿Tinto o blanco?

—Será tinto —dijo, interrogando, el más delgado.

Un movimiento indiferente:

—Da lo mismo.

El mozo:

—¿Entonces tinto?

Dejaron el paquete en una tercera silla. “Gol del Naval”. Las carcajadas colectivas, el turbio concho de una copa, los muros casi redondos, la espesura de la luz como si cada parroquiano la separara al caminar, al empujar el codo.

Se le marcó una vena en la mitad de la frente al mozo al abrir la botella.

—Con fuerza de hombre —dijo el más alto.

—Ahora vienen a presión —se justificó el mozo.

—Pero igual lo arreglan.

—Este es “purito” —puso la botella al trasluz antes de dejarla sobre la mesa.

Pasó un tarro con las sobras del almuerzo: una mujer gorda, y luego el perro husmeando al trote y moviendo la cola alrededor de los huesos pelados, las moscas y la “mercocha”.

—¡Salud, socio!

—¡Salud!

El chasquido breve y redondo. Las copas quedaron vacías.

Se miraron: el más bajo, melancólico, casi treinta y

nueve años, es decir cuarenta y dos o cuarenta y cuatro bien vividos y dibujados en el rostro, y tres hileras de arrugas en la frente, de mayor a menor.

El más alto, unos cuarenta y cinco. Pelo blanco y ralo, mandíbula saliente, bigote firme, ojos claros y precisos.

El más bajo, meticuloso y tranquilo.

El más alto, labios gruesos, corbata a cuadros y chillona, rojos intensos, amarillos desvaídos y un caracol grasoso dibujado al medio.

El más bajo, retraído, rostro ovalado: ¿Gásfiter? ¿Mecánico?

El más alto, vendedor callejero, aunque tímido, comunicativo por autodefensa, risueño y ampuloso.

Grueso era el hilo del vino llenando las copas. Copa contra copa.

Un tintinear sordo y breve diluido por los otros:

—¡Salud!

“Empata el Gente de Mar”, y “ése me la va a pagar”, “para eso soy su amigo, su amigo de toda la vida”; “estaba acompañada cuando llegué a la pieza” ...

—¿Por quién?

—¡Por usted, compadre!

—¡Por usted, socio!

—¿Y por quién más?

—¡Por el caballo!

—¡Eso mismo!

—¡Por el caballo! ...

—¡Por nuestro socio, compadre!

—¡Por el que nunca falla!

—¡Al seco, entonces!

—¡Vaquita echada!

—Hasta donde usted diga...

—¡Aquí estoy!

—A su lado...

—Bueno, ¿pero estamos tomando o conversando?

—Tomando...

—¿Entonces?

—Nada, yo sirvo no más.

Se miraron con lealtad.

El más alto era moreno del Norte. Ya le había contado su historia: ahumador vecinado en el Sur.

—¿Usted ha comido tritre?

El más bajo, pescador:

—Hasta que llegó la ruina, la lluvia, el terremoto, el maremoto y perdí el bote, quedando con los brazos cruzados.

—El humo se le mete a uno en los ojos y en los huesos. Los niños se ríen gritando: “¡Cara de humo, cara de huuuumo!”

—En cambio nosotros, los pescadores: se pone la plata en la mesa y vamos pidiendo. ¡Cuando no hay más, a patadas para afuera!

—¡Salud!

—¿Cómo dijo, compadre, que no le oí bien?

—Salud, dije.

—Y yo (ja, ja), ¿estaré enfermo?

—¿Cómo se llaman esos ñatos con el pelo blanco?

—¿Al... albinos?

—Al... “vino”. ¡Salud, entonces!

Sonaron las copas y otros vasos chocaron también en el recinto. Otros sonidos subieron de volumen, co-

mo si algo se quebrara con cuidado hasta caer después en un nuevo silencio: en un abismo tal vez no muy profundo, y, de pronto, este silencio era invadido de nuevo agrupándose alrededor de aquella mesa y el nuevo ¡gol! estridente del Naval y los comentarios:

“Largaron un gato desde la galería con un paraguas viejo: se fue de un viaje”. “¿No ve que nunca habían visto un ballete?” “Lo mejor para los cortos de vista: comer maíz”. “¿Ha visto alguna gallina con anteojos?” “¡Y agarró el portafolio, ñor!” “El tapabarro, el espadrapo, ¿cómo se dice?”

—¡Salud, compadre!

—¿A quién le debemos el terno nuevo?

—¡Chih, al caballo!

—¿Y la casita?

—¡Al caballo! ¡No hay vuelta que darle!

—¡Estamos contentos, compadre!

—Claro, socio. Cuando vendía tritre ahumado las mujeres me espantaban las moscas, todas salían arrancando, pero ahora...

—Yo pregunto antes de seguir tomando: ¿Qué hubiera sido de nosotros sin el caballo?

—¡Quién sabe!

—Seamos sinceros.

—Yo tenía ganas de volver al Norte. Tomar el cautín y salir otra vez a soldar ollas.

—El pescado da, pero hay que sacrificarse. Cuando perdí el bote quise partir..., ¿y dónde que uno más valga? Sin mentirle, la ola sería del porte de este bodegón. Se lo tragó todo. Yo fui a aparecer como a

tres cuadras de mi casa arriba de un árbol. ¿Y el bote? ¡Nunca más se supo!

—Usted que la ha corrido, compadre.

—Dura ha sido la vida, socio. Un pescador sin bote es como un carpintero sin garlopa. Anduve tomando —aclaró los ojos con los recuerdos, luego el pelo sobre la frente, las manos levantadas como si fuera a dar un golpe—. Y uno mira el mar y el mar lo mira a uno como si contestara: ¿Y...?

—Aquí estamos.

—¿Y...? (pregunta el mar).

—¡Nada!

—Nadan los ahogados.

—Eso dicen.

—¿Y...?

—¿Y...?

—¿Quién le moja la oreja al otro? ¿Quién cruza la raya? El mar es así, cuando se le antoja. Vengativo, rencoroso. Y yo lo miraba como diciéndole: “Me la vas a pagar”. Pero sabía que nunca iba a vengarme. ¿Con qué? Y el mar también lo sabía, por eso continuaba batiéndose tan ufano y seguro. Nunca gana uno: siempre vence el mar.

—No nos pongamos tristes, socio.

—¿Por qué?

—El pasado, pasado.

—¿Y qué me dice del caballo?

—Oiga, ¿quiere que le diga una cosa?

—¿Qué cosa?

—¡Socio, usted no se imagina lo que quiero al caballo!

—Yo también...

—Esta copa la vamos a tomar de pie... ¡por el caballo!

—¡Por él!

—¿Y sabe una cosa, compadre?

—¿Qué cosa?

—¡Usted sí que es un gran artista!

—¡Bah, ya se curó mi socio!

—No, nada de cuentos; ¡es la pura verdad!

—Usted no lo hace nada de mal, compadre.

—¡Pero usted nació con la gracia para hacer las cosas, socio! Nació artista.

—Menos mal que nos entendemos bien.

—Eso dicen.

—Mozo.

—Ponga la otra.

La noche se incorporaba a las viejas sombras llenando la ciudad de luces y nuevos rumores. Habían llegado el frío y la lluvia de esa hora en medio del chapotear de los borrachos incorporándose al mesón. Otros partían, otros venían de vuelta, tambaleantes, algunos con los ojos entreabiertos, unos pocos vociferantes, otros descargados de la tragedia del día contada entre vaso y vaso. Un trozo de la vida en esa hilera de botellas vacías. Y los niños llorando, la sonajera de la máquina de sumar, los discos de moda, la traición, el amor imposible o posible, el calor y el frío simultáneos, la frustración, la culpabilidad, el dolor, la sorpresa, la incomprensión, la transgresión de los sucesos y la interpretación de los códigos, los perros, las nubes bajas, la sinceridad, la honestidad en el pequeño tra-

bajo, la justa repartición, la campana aleteando, distante y borrosa, débil, final, el sombrero entre redondo y cuadrado, el pobre paraguas solitario. En fin.

—¿Y el caballo?

—No se preocupe, socio.

—¿Nos tomamos la última y nos vamos?

—Usted dirá.

—¿Qué son cuatro botellas para dos hombres?

—Hmmm. ¿Sabe de qué me acordé?

—Cómo voy a adivinar, pues, socio.

—A propósito de las botellas, oiga. Cuando llegó el terremoto reventaron los fudres de Talcahuano.

—Reventó todo el mundo.

—Y los fudres. Se les cayó la aureola, ji. Saltaron los zunchos y empezó a correr el vino.

—¿Y usted?

—¡Ahí estaba su socio untándose los zapatos!

—¿Tomaría hasta que le dio puntada?

—Las mujeres arrancaban con las guaguas, gritando: “¡Se salió el mar, se salió el mar!”, esperando que el viejo apareciera detrás de una esquina, pisándoles los talones.

—¡No era para menos, socio!

—Claro que no. Subimos a los cerros, y desde arriba se veían las calles de color morado, llenas de vino. Nadie quería bajar, sólo los perros.

—Se curarían con el olor.

—No, tomando. Metían la lengua en las acequias y después ladraban de lado, afirmándose en la pared.

—¡Bua!, ¿no me venga a decir que se perdió el vino?

—Una parte. Los más jóvenes se ponían de rodillas y comenzaban a tomar con las manos, ¿no ve que era gratis?, hasta escuchar el grito: “¡Que viene el mar!, ¡que viene el mar!”, y salían arrancando.

Pidieron la cuenta.

—Estamos en la hora —dijo el más alto.

—Por lo que nos demoramos en vestirnos —contestó el más bajo.

Había dos noches al salir: la que quedaba atrás, al abandonar el bar, oscura, bulliciosa y personal, y otra más fría y nueva y fresca. Al fondo de la calle se levantaba la carpa del circo y las sombras de los espectadores recortábanse en las escalas de las aposentaduras.

Se doblaron como para embestir la llovizna. Después escucharon los pasos del mozo:

—Señor, señor, se le olvidó este paquete.

El payaso más alto miró al payaso más bajo.

El hombre pequeño desató el nudo y en medio de la lluvia apareció el arrugado caballo de lona con sus grandes lunares azules y amarillos.

Entraron al camarín del circo y comenzaron a maquillarse sin decir una palabra.

ALMACENCITO "LA GLORIA"

Personajes:

Don Quento, amaestrador.

Micaela, una pulga.

Varios vecinos.

Cantores con guitarra.

Lugar de la acción:

Almacencito "La Gloria".

Al enviudar don Quento, el vecindario aseguró que no duraría mucho. El mismo había pedido a la finada que le hiciera llamar para hacerle compañía bien estuviera en el cielo o en el infierno. Solo, aburrido, achacoso, caminaba por las calles Ongolmo, Orompello y Freire arriba, rondando por las borracherías, esperando que alguien lo llamara para convidarle la caña y pedirle que repitiera una vez más esa historia cuando trabajó en un circo. Una sola corrida no era suficiente, pero a la segunda parecía soltar la lengua y comenzaba por imitar una banda tocando ya el tambor o el trom-

bón, hablando con la voz de falsete de un payaso mientras recorría las mesas.

—Con el pulsito que se gasta ahora, no podría ni domar elefantes —le decían, tocándole el amor propio, desafiándolo a que hiciera un cucurucho imitando el sombrero de copa que usaba en las noches de gala, antes de hacerse aplaudir.

—¿Se puede amaestrar una pulga, don Quento?

—¡Mire que no se va a poder!

—¡Es tan rementiroso este viejo!

—¡Así! Nadie se mueva —pedía, buscando la caja de fósforos.

Un silbido potente, pero con saliva, como el de las locomotoras con mucha presión.

—¡Micaela, Micaela! —así se llamaba la pulga.

Y ante el asombro de los parroquianos, aparecía el insecto por el borde, subiendo y bajando la cabeza.

Don Quento explicaba:

—¡Está saludando, quiere trago! Pídanle que se esconda —exigía el amaestrador a los curiosos.

—¡A la cucha!, ¡a la cucha! —vociferaban los borrachos alrededor de la pulga, amenazándola con las manos en alto para que volviera a su escondite.

Don Quento sacaba una pequeña lupa y, entonces, a través del vidrio de aumento, resultaba más fácil seguir la maniobra: el animalito con cara de tiuque, arrinconado como una lauchita muerta de frío, esperando las órdenes.

—¿Y qué otra gracia sabe hacer?

—Depende...

—Por una botella...

—Pero adelantada, eso sí.

—¡Bueno con el amaestrador desconfiado! Está bien. Traigan una de la casa.

Bebían con rapidez el vino hasta que el anciano, tamborileando los dedos sobre la mesa, ordenaba a la pulga que apareciera por el fino borde de madera de la caja de fósforos escuchando la cuenta:

—¡A la una!... A las dos... ¡A las treces!

El insecto, después de llegar al borde de la uña, daba una serie de volteretas, para caer en el mismo sitio, moviendo como siempre la cabeza con picardía.

Tentaban al amaestrador:

—Te la compro: cuatro botellas.

—Nada.

—Cinco, entonces...

—Está loco.

—¿Tienes miedo de que se muera de hambre?

—No, pero no la vendo.

—¿Y qué es lo que come tu pulga?

—Lechuguita, y los domingos la dejo que me pique.

—¡Quién te enseñó a domar pulgas, viejo carrilero!

—Viene de familia —contestaba el anciano con una sonrisa triste—. Mi abuelo fue también amaestrador. Y yo, como a los catorce años, heredé un criadero de pulgas. Me buscaban por todas partes. Todavía tengo los programas de circo con mi nombre encabezando el elenco de artistas.

—¿Y qué hiciste los bichitos?

—Los vendimos. Una, la Betty, se fue con un perro lanudo, antes que debutara. La finada casi se murió de pena; era su regalona.

Poco le duraba la alegría a don Quento.

—Ya, pues, córrase ahora —le decían los mismos parroquianos que momentos antes habían llorado de risa con las proezas de la pulga Micaela.

El anciano pedía una última copa, haciendo hora para ir a dormir a la hospedería. La vida le quedaba grande. Casi no tenía sentido para él, a los sesenta y tres años, solo con su última pulga, mendigando siempre los pesos para la cama donde ir a recordar a la viuda. Vivía sólo de recuerdos, de tiempos idos, tiempos distantes, cuando fue propietario del Emporio "Las Tres Marías", hasta que de golpe su mujer enfermó y los ahorros se los llevaron los médicos y la botica. Ahora gustaba sentarse junto a un brasero, asilarse alrededor del fuego, callar, dejar que las lágrimas se soltaran, pero sin palabras, perdonando todo, sintiendo que el mundo lo presionaba, lo hostilizaba, y sus huesos no resistían, no podían resistir, aunque algunas mañanas amanecía más optimista, hasta caer nuevamente en esos estados de melancolía y ausencia, moviendo las manos, sin sentido, en un gesto también inútil que reflejaba la angustia de su alma, incomprendida, llamando a la muerte, llamando a la ausente, implorándole que no lo dejara sólo más tiempo, que la necesitaba aún para hacerla rabiarse, para ir detrás de ella contándole las historias que conocía de memoria, tomándole la mano, que era como confirmar que aún estaba vivo y no como ahora que la mano andaba suelta, sabiendo que todo su cuerpo estorbaba, aun sentado, aun silencioso, aun dormido. Porque la finada lo consolaba con su resignación, mirándolo, dominándolo, comprendiendo el dolor que siente un

hombre frustrado que nació para ser artista y que, sin embargo, gastó sus mejores días detrás de un mesón, siempre con una incontenible sonrisa, vendiendo bolsitas de yerba, azúcar y pan. Ella lo entendía, y sus palabras lo ayudaban a vivir. Pero ahora... Costaba entusiasmarlo; era como un anciano escéptico, como si pensara que el sol alumbrara para todos, menos para él, sospechando siempre, viendo lo que otra gente no ve, sacando conclusiones con esa irrefutable sabiduría de los viejos. Simplemente ya no quería vivir, no quería oír; las palabras no tenían sentido, y cuando alguien le hablaba parecía aislarse aun más, meterse aun mas dentro de sí mismo, contestando sin interés, como si las palabras se le cayeran de la boca una por una:

—Oiga, don Quento, usted que llegó a tener tan buena clientela, ¿por qué no se instala?

—¿Con qué?

—Con un almacencito...

—¿Un almacencito? ¿Y la plata?

—Muchos comenzaron con nada y ahora...

—...cuando eran jóvenes.

—No se tire al suelo, don Quento. Viejo es el que se queda sentado.

—No me atrevo, oiga...

—Empiece con un poquito de cada cosa: un montoncito de arroz, otro de yerba, azúcar, en fin...

—No tengo fuerzas ni para estar de pie.

—Atiende sentado, pues.

—¿Y para qué?

—Nunca están de más unos pesitos, ¿no?

—Eso es cierto.

—Así como que no quiere la cosa, usted también podría vender litriado detrás de la puerta.

—Hay muchos clandestinos en el barrio.

—Pero a usted todos lo conocen y lo quieren, don Quento.

—Podría tener una fiambarrera con pan y ají, ¿no es cierto? —preguntó el anciano, tratando de entusiasmarse.

—...de todo.

—Empanadas, también. ¿Se acuerda que la finada las preparaba como para chuparse los dedos?

—¿No ve? Ahora la leña y el carbón dan también.

—Cierto. A lo mejor doña María me fía su saco.

—Mire que le va a decir que no, cuando lo que tiene se lo debe a usted. Apuesto que por favorecerlo, todos le van a comprar.

—No creo. En otras partes sacan fiado; tienen libreta.

—Usted también podrá fiar después, como en sus buenos tiempos.

—¿Cierto, no?

Partió el anciano, dándole vueltas a la idea, visitando, animoso, las antiguas amistades que se habían instalado en el barrio a lo largo de los años: verdulerías, reparadoras de calzado, carbonerías, pequeñas tiendas, pescaderías, fruterías, contando su proyecto, asegurando que no iba a hacerles competencia, porque eso sería desleal con alguien que estaba dispuesto a ayudar a un pobre viejo, y que nunca era tarde para empezar y en vez de pasarse al cateo de la caña que le

tiraban como una limosna, era mejor hacerle frente a la vida, y aunque no iba a pagar la patente, alguien hablaría con los inspectores municipales para que al pasar por el chinchel o el almacencito (como quieran llamarlo) hicieran la vista gorda. Por eso se conformaba con que le fiaran un poco de cada cosa para empezar, además de la damajuana de tinto de quince litros. Pero cuando le aseguraron que con esa cantidad no alcanzaba ni para que los borrachines del barrio hicieran la mañana, don Quento, siguiendo los consejos de sus amigos, cortó por lo más sano, encalillándose con un fudre de doscientos cincuenta litros. "Así se evitará —le dijeron— las carreras entre el almacén y la vinería y el almacén".

Don Quento no pudo conseguir todo lo que necesitaba. Algunos comerciantes se disculparon diciendo que los créditos estaban restringidos, que consultarían al otro socio, que las ventas andaban flojas, que volviera más adelante. El anciano no se desanimó. Cuando hizo un balance de lo que consiguió fiado, dejando los pies en la calle, tenía dos kilos de tomates verdes, cien gramos de clavos de olor, varios paquetes de diarios y revistas viejos, un naípe inglés, un trabuco, veinte metros de sogá, una herradura para la suerte, una cajita de caldo concentrado de ave, cuatro vasos de distinto tamaño, un plumero, un monopatín con una sola rueda, dos tarros de duraznos al jugo, media docena de latas de sardina al aceite y al tomate y una ristra de plátanos maduros. También le prestaron una mesa y cuatro sillas sin asiento, que don Quento arregló con sus propias manos, parchando aquí, clavando allá. Re-

visó, además, la instalación eléctrica para dejar en el sitio más adecuado la única ampolleta de veinticinco bujías, ubicando estratégicamente los letreros escritos con su puño y letra, que decían:

“Verduras”

“Caja”

“Hoy no se fía, mañana tampoco”

“Respete y será respetado”

“Pague con sencillo”

“No se admiten cheques”

“Sea breve”

El local tomó su aspecto acogedor después que con cuatro tablones don Quento armó un mostrador adornado con otra serie de cartelitos:

“No salive”

“Tome su derecha”

“Privado”

“No le hable al chofer”

“Pagos los segundos martes de cada mes”

En cuanto a la venta de la caña, todo sería muy rápido. El fudre quedó al fondo. Había que pasar por un corredor al patio. Después el pencazo, y vamos caminando como si nada hubiera pasado para no llamar la atención.

Don Quento distribuyó cuidadosamente la mercadería para dar un buen golpe de vista y después salió a recorrer el vecindario, notificándolo, puerta por puerta, que al día siguiente iba a tener lugar un vino de honor con motivo de la inauguración del emporio. Todo el mundo tendría derecho a servirse medio pato

gratis, una atención de la casa para que se fueran familiarizando con el Almacencito "La Gloria".

—¡El nombre que le fue a poner, don Quento!
—Lo llamaban así, porque cuando se curaba repetía como un disco la frase: "Esto parece **quento**". Por una pifia que tenía entre los dientes, un portillo que le deformaba la palabra "cuento".

—Es por ella —explicaba el anciano—, que allá arriba, en la gloria, debe estar.

—Esperándolo con la pitarrilla.

—Ojalá, ojalá.

* * *

Como a las cinco de la tarde empezaron a llegar los invitados, cada uno con su regalito: una imagen de la Virgen del Carmen, un almanaque con una mujer desnuda, una naturaleza muerta, barnizada, donde aparecían una langosta y un racimo de uva encima del hule verde, a cuadros. Don Quento se emocionó con el cucharón "para revolver la ponchera", como le dijeron maliciosamente al regalárselo. Otro comedido le llevó una victrola un poco vieja, aunque era cuestión de arreglarla. Había tocado lo más bien durante veinte años; ahora sólo le faltaban la cuerda y la bocina.

—Esto está más embanderado que el puerto de Iquique el 21 de mayo —dijo el carnicero Remigio Tapia, llegando con su mujer y la guitarra.

—Venimos dispuestos a hacer humear el instrumento —dijo ella.

Al lado contestó otro de los vecinos, sacando el

acordeón de una bolsa, que sonó sin querer, al dejarlo en el suelo. En una banca se acomodaron el carbonero a quien le decían **El Troile** y su mujer, **La Babeta**, también con su guitarra, esperando que dieran la señal para que empezaran la fiesta y el canturreo. En un rincón se instaló **Alamiro Brieba**, a quien le llamaban **El Profeta** por ser profesor, aunque sin título. Se ganaba la vida haciendo clases particulares a los hijos porros de los dueños de bar, hombre juicioso, enredado con una vieja conocida como **La Dos Muelas** —también presente—, porque era lo único que se le veía cuando soltaba la carcajada.

El anciano había adornado el almacén, el pasillo y el patio picando papeles de colores, pegándolos en las paredes. El fudre parecía un altar como el de los velorios de angelitos. Comenzaron a llegar algunas viandas preparadas por las comadres que sentían afecto y cariño por don Quento: su costillar, alguna pata de chanco, una olla con pescada frita, cebolla escabechada.

El dueño de casa dio la señal y las parejas comenzaron el baile, los cantos, y como a la media hora ya temblaba la casa entera coreando un vals inventado por **El Chisposo**, un fabricante de jabones caseros:

Ando borracho
por una mujer, ja, ja.
Ella no me ama,
pero yo la adoro, ja, ja.

Los cantores primero respetaban los dos “ja, ja”, pero a medida que se iban emparafinando, los más es-

cépticos, a los que les había pasado alguna mano en el amor, lanzaban unas tremendas carcajadas, estremeciendo el negocio y al vecindario en vela.

En los primeros momentos, el vino fue distribuido con toda pulcritud en vasitos, motivando los "salud" con todo tipo de reverencias, como en los grandes salones de antaño. Pero pasada la medianoche, las cantoras se instalaron alrededor del fudre y comenzaron a tomar con un cucharón que pronto empezó a circular de boca en boca, hasta que decidieron poner en pie la inmensa pipa y sacarle la tapa, porque el sistema de la manguera no resultó. Los tomadores se quedaban pegados chupando, y los otros que estaban en la fila, muertos de sed, tenían que rescatar la manguera a gualletazo limpio. Ya como a las tres de la madrugada se llegó a un acuerdo que agradó a toda la concurrencia: cada invitado tenía derecho a una zambullida, no muy larga eso sí; y cuando se quedaba más del tiempo convenido, los demás lo tiraban de los pies, porque la sumergida era de cabeza. Muchos volvían morados como betarragas, pero con un poco de respiración artificial recuperaban el habla y a los pocos minutos ya estaban exigiendo una nueva zambullida, asegurando que el tinto estaba de mascararlo y que don Quento era el hombre más generoso de la tierra.

El resto de la noche pasó volando y pronto se escuchó el gorjeo de los pájaros que picoteaban el único vidrio bueno de la ventana del negocio: amanecía. Nadie quedó en pie. Los borrachos roncaban estruendosamente desparramados por el pasillo, algunos con cara de diablo con cejas, pera y bigote pintados con tizne de

carbón. Alguien orinó dentro de una guitarra. El bandoneón, después que los curados empezaron a jugar una pichanga, quedó con un tremendo hoyo, por donde se filtraba el aire, y no sonó nunca más. A **El Troile** le pusieron una espina de pescado en el ojal. **El Profeta** andaba en monopatín, pero en sueños; algunos letreos se los colgaron a las señoras. A **La Dos Muelas**, el que decía "Privado", y a **La Babetta**, "Sea breve".

Como a los tres días vino a aparecer don Quento por las cantinas del barrio. Era otro hombre, con los ojos perdidos, barbudo, ojeroso aún, con la mona viva, porque se le notaba que no se había oreado.

—Y ahora qué le voy a decir a la finada —sollozaba.

Trataron de consolarlo.

Parecía que estaba esperando la ocasión para contar algo sobre el Almacencito "La Gloria", porque apenas alguien recordó la fiesta, confesó:

—Parece quento. Quebré. Nos tomamos y nos comimos todo el capital la noche de la inauguración. Hace un rato vinieron a llevarse el fudre vacío.

Pidió una caña. Preguntó:

—¿Quién era el que se interesaba por la Micaela?

ZAPATOS PARA ESTUBIGIA

Personajes:

Estubigia, canastera.

Florián, pescador, ex trapecista.

Carpinteros, dueñas de casa.

Lugar de la acción:

Una caleta de pescadores.

Estubigia, canastera, descalza, rostro de mimbre, ojos de ceniza, frente de mármol, caminando por el molo de la caleta, comprando el ultecito, el luche, las machitas, su jurel, su cauque para revenderlo y tener para los cigarrillos y un plato de sopa. Grandes pies nudosos. Los tobillos, duros como si fueran de palo, secos. La cara, de una mujer de sesenta y cinco años, arruinada por el mar, tajada por el mar. Un rostro en continuo movimiento, que permitía una absurda comparación con una cebolla, plena de capas y pieles delgadísimas superpuestas, dando vuelta, una encima de la otra, de mayor a menor.

Estubigia se sentó en una piedra. Era una tarde de

junio, mes difícil y duro de los grandes vientos encontrados y las lluvias de la estación: el sol radiante preparando la próxima tormenta en medio del grito de las gaviotas, las boinas de lana tejidas a mano de los pescadores, parecidas a las que usaba el difunto Florián, ahora casi perdido en el recuerdo. ¿Cómo eran sus ojos? Y esa sensación que no obedece a ningún mandato, una ley no cumplida, una amenaza latente que no violenta ningún orden, que no discurren en el cerebro ni en músculo alguno. Un residuo del organismo no calificado, un breve segmento de la muerte, nadando vivo en el cerebro.

Posiblemente sus ojos fueron pardos, negros. Ya, además, no importaba el color, sino el uso que tuvieron, el uso que les dio el difunto.

Una botella, los dos vasos, Estubigia y ese reflejo de la luz sobre los cristales y un punto y un violento chisporroteo, luego la mano, otra vez los nudos de los dedos, el movimiento del brazo, los ojos entrando en los ojos, un lento movimiento del silencio:

—¿Mucho viento?

—Como siempre.

—¿Viene el surazo?

—A lo mejor.

Sólo sonidos, palabras sueltas, palabras idas, palabras polvorientas, palabras absurdas, palabras sin sentido. Ahora no dicen nada. Se perdieron las palabras. Jamás nadie las encontró ni las encontrará en ningún oído, en ninguna memoria. ¿Qué más? Las quejas, los celos, los reproches, las dudas, el miedo:

—¿Qué te pasa, Florián? ¡Ya no eres el mismo!

—A lo mejor.

—Algo tienes...

Un ademán como diciendo: ¡basta!, pero contestando con una pregunta:

—¿Crees tú?

—Se te nota a la legua. No “estás” aquí.

El rayo fulgurante de los vasos, el relámpago de los cristales, los círculos diamantinos, el crujido del silencio, la alteración y pulsación del mar cuando los seres lo escuchan y dejan de ser humanos y se renuevan con las olas, estupefactos, destrozados, calmos, feroces, piadosos.

La queja:

—¡Estás cansado de mí, Florián!

La disculpa:

—¡De todo!

Con una mano en la frente como a un hijo:

—¿Y yo no soy tu mujer?

El miraba, cruelmente, la vejez repuntando en la boca de Estubigia. Labios mustios. Madera. Raíces. Cartón. Agua fría.

Un gesto del pescador para que le llenaran el vaso, el vaso, el vaso...

—No quiero discutir.

El reproche:

—Ya sé lo que te pasa. Lo sé todo.

La defensa:

Sólo un movimiento de hombros.

La recriminación:

—Antes no era así.

El pensamiento oculto:

—¡Antes, antes cuando era joven!

Los cargos:

—¡Perdí la juventud por tu culpa!

Mientras se miran

(Ella con candor, pero sin preguntar):

—Es lo que me interesaba saber para no seguir sufriendo.

—Sírveme —fue la única respuesta.

El vaso, el vaso interminable girando en su nódulo, en su núcleo, como en las películas mudas, a saltitos, desde la mesa a la boca y desde la boca a los ojos y de los ojos a la mesa. Tinto, violáceo (una asociación con un absurdo charco de sangre, unos gritos, un cuchillo).

—¡Es esa mujer! Ella te tiene así, sin habla.

Se miraron los rostros, todavía sin desafiarse. Ella en la duda, perdiendo y ganando, y él acercando el sonido del mar a tal extremo que sólo escuchaba el crujido de las olas, sus ruedas suaves como el tictac de un reloj pausado. Y además el olor del mar no tan agrio como el vino que estaba tomando, no tan ácido como el mar en la tempestad, no tan cambiante como la ira de las olas cuando se internaba en el golfo de Arauco y era como andar adentro de la muerte, tocar sus paredes de agua y después regresar casi como un sobreviviente y escuchar las palabras, las palabras de su mujer, las mismas palabras encajando en los mismos sentimientos, en la misma silla, en la misma mesa, en la misma cama, ya sin hijos, vacíos, incompletos, y sólo el mar transmitía su grandeza en el vaso, pequeño mar

agrio, pequeño mar obispo, como si raspara la garganta y hasta los zapatos, pequeño mar que se quedaba a nadar en cada ojo, y luego, de golpe, la traición, el zapazo. Quedar entre las aguas, entre las capas de las aguas, entre los vidrios del mar y morir, duro entre las aguas más acogedoras que puede reconocer un hombre como Florián, que perdió su madre al nacer.

—Ahora anda con tacos de alto y cartera —acusó Estubigia.

Florián por pura crueldad miró sus pies descalzos. Pies que ya no tenían sentido. Pies de nadie, planos, chatos, embarrados.

Florián hizo sonar el vaso con los dedos.

—Tú la mantienes; todo el mundo sabe eso.

—No me hagas reír. (En realidad, me voy a reír, me estoy riendo, me seguiré riendo por los siglos de los siglos. ¡Una historia de zapatos!)

La voz quejumbrosa:

—¿Qué haces la plata, entonces?

—Me la tomo. ¿Y qué?

—Pero la otra tiene zapatos y yo no. (Yo se los vi, como los que usan ahora, caros, con tacos de aluminio).

—Bsssh.

—Para la otra, todo; para mí, nada.

—Está medio ácido este vino —pero sigue llenando el vaso, el vaso, el vaso. Y ahora sí la voz cargada con violencia—: Contéstame. Contéstame de una vez.

El prefirió mirar el mar desde la ventana de su casa y dejar atrás a su mujer, sus gestos, sus ademanes con los dedos abiertos, el rostro contraído antes que

se lavara con las lágrimas, antes que se derrumbara, antes que se quebrara, antes que se pareciera un nido, tal vez como si fuera de ceniza, antes que se apagara consumido por su venganza, antes que se desplomara con el propio peso de la ira, antes que dejara de ser bueno y humano y tomara destellos broncíneos, parecidos a una débil piedra cobriza, y por eso se tranquilizaba escuchando el ruido y el silencio del mar, mirando el elástico de sus olas, su enlace, disminuyendo su carga, su irremediable subterfugio. Hasta que olvidó del todo la voz, la borró por completo, además, los dientes, la garganta, ese cuerpo gastado por el uso de los días, por el peso del cielo recibido en la frente, por el feroz peso de la tierra resistido con los pies, cuerpo inservible que ahora sollozaba como un montón de trigo moviéndose con el viento, como un montón de huesos agitados por el tiempo, como el resumen de todos los días que puede resistir un cuerpo. El sollozo y el mar. Florián, el pescador, el mediador de esos quejidos, de esos aullidos. Porque ahora todo era silencio otra vez. Un pez midiendo la altura mayor del agua. Así era cada lágrima de Estubigia, hasta que la luz rebotó nuevamente en los vasos con un tinte más pobre y renegrido.

—¿Florián, por qué no vuelves al circo?

Ya se había secado los ojos rojos, los ojos sangrientos, los ojos sufridos, los ojos callados.

—¿Para qué?

—Para que te pongas contento como antes. Entonces reías.

—Hace tanto tiempo, ¿no?

—...era tan distinto. Soñábamos. Y tú eras el único que podías hacer la prueba.

Florián comenzó a dejar el mar a su espalda, sin apremio, y se acercó lo suficiente a la voz hasta escuchar lo que estaba hablando su mujer.

—No te importaba arriesgar la vida.

—La vida. ¿Cuál vida?

—Tú allá arriba en la cuerda floja, y yo rezando.

—¿Servía de algo?

—No sé. Me tranquilizaba un poco.

—¿Tuve miedo alguna vez?

—Nunca, m'hijito.

—Parece mentira. ¡Cómo pude hacer esas locuras!

—¡Cómo te aplaudían! La gente quedaba con la boca abierta, y no era para menos.

—Sí, ¿no?

Primero recobró vida el redoble del tambor, una sensación como si golpeará un cuero seco con dedos mojados. Un golpe desafiante, más rápido que el latido humano. Luego los rostros pequeños, sólo las luces de los ojos, los agujeros mojados de las bocas de los espectadores como nido de hormigas. Los payasos preparando el momento culminante, tapándose a medias el rostro. Después el vacío, una parte de la muerte. Y después, después, los aplausos, secos, huecos, secos, y los payasos rodeándolo como si regresara del otro mundo, y él tan sereno, con la indiferencia profesional del que está en el apogeo de su gloria.

—Vuelve, vuelve al circo —porfiaba Estubigia—. Deja el mar.

—El circo necesita gente joven.

—No importa que tomes, que te emborraches, Florián. Yo misma me encargaré que siempre tengas la chuica llena. Pero súbete al trapecio y vuelve a hablar-me como antes.

Ya no era la hora de la ternura. Tal vez el hecho de tomarle la mano a su mujer, que lo había querido angustiosamente, ya no significaba nada. Sólo un frío áspero. Un pellejo que ahora esperar morir a su lado, con pocos dientes, con los hijos distantes y tan pobres como habían nacido.

Otra vez el vaso de vino de Florián adquirió una dimensión fantasmagórica, como de oro raído. Otra vez el tartamudeo del tambor, el soplido del tambor, el vértigo tentador de la altura, los rostros agudos de los espectadores.

—Voy a hacer la prueba; pero con un caballo — confesó por fin, Florián.

—¿Con un caballo? ¿Qué es lo que estás diciendo?

—No me voy a morir sin hacer la prueba.

—¿Pero cómo, viejo?

—Me subo, ah. Me cuelgo en el trapecio. ¿Con una grúa levantan el caballo allá arriba, ah? Bueno, no sé, pero de alguna forma tienen que subirlo.

—¿Estás loco, Florián?

—El artista vive de los aplausos.

Imitó:

—Plap, plap, plap. Eso le llena el alma. ¿Cuál sería la gracia de volver allá arriba sin el caballo?

—¿Te parece poco? Al menor descuido, te matas.

—No entiendes...

—Claro que entiendo, Florián. Pero subir un caballo para que camine por la cuerda floja...

—Me voy a comprar un matungo cueste lo que cueste.

—¡El caballo! ¿Y mis zapatos?

—¡Qué me importan sus zapatos, señora!

—Me lo prometiste. ¡No quiero irme de este mundo a pata pelada! Cómprate el caballo si quieres, pero cómprame zapatos, Florián; un modelito barato no me importa.

Se levantó el pescador para salir al encuentro del mar como era su costumbre cuando estaba borracho. Sincronizó las olas con los distantes aplausos que lo incitaban a galopar en el aire con su caballo en un sueño delirante. Después, cuando se acercó Estubigia, le tomó la vieja cintura con cariño y así terminaron el resto de la noche.

* * *

Nunca tuvo Florián Navarrete la oportunidad de galopar en la cuerda floja con su destartado caballo. Sus amigos, al escuchar el absurdo proyecto, movían la cabeza sin comprender. Terminaron por dejarlo solo, y cada vez que algún circo aparecía por la caleta, él era el primero en acercarse al administrador, para regresar momentos más tarde triste y derrotado, arrastrando el animal hueco y anguloso con una soga. Cuando alguien para consolarlo le daba algún consejo, siempre escuchaba como una obsesión: "Algún día, algún día...", imaginando la función de gala en la que iba

a ser el número de fondo, mientras vaciaba las botellas, y su caballo chorreando lluvia y tristeza también lo miraba con compasión.

Entonces se decidió.

En vez de la cuerda floja, el puente ferroviario. Primero lo atravesó a pie, contando los tablones, comprobando que si el caballo pisaba en falso iría a una muerte segura. Pero le hormigueaban los aplausos, la cara expectante del público dudando de su hazaña.

Acarició al caballo, que se negaba a enfilear el peligro, hasta que lanzó un grito desgarrador, no humano. El grito de la felicidad y de la dicha póstuma. Empezó la carrera, ciego, trémulo, iluminado por las sombras menos densas que rebotaban en la corriente del río, y garabateó, maldijo, insultó, semidió de su pequeña audacia, ufano en su desafío, hasta que escuchó claramente el pitazo del tren que venía en sentido contrario, alegrándose cuando olfateó el olor a carbón o petróleo, azuzando al animal hasta que chocó con la locomotora dando varios barquinazos. Envuelto en las tripas del animal, fue a parar a un vagón cargado con huevos y ahí murió entre las claras y las yemas y las cáscaras tan molidas por el golpe que parecían nieve rosácea cuando apenas el polluelo deja el caparazón.

Estubigia recuerda, sentada sobre la piedra, la mañana que fue a la morgue y ahí tuvo que lavarlo como si hubiera sido una gallina gigante hecha añicos, con el cabello ensortijado y amarillo rodeado de espuma, con un pequeño mar inerte petrificado en su imposible proeza, con breves alas, frías, casi como algas

agonizando fuera del océano, mustio y duro como un pedazo de carbón haciéndose ceniza, todavía empujando su cabalgadura, como si cada ojo lo empujara, como si cada brazo lo detuviera, todo por separado, derramándose en su completa derrota. El pobre Florián descansando en una mesa de madera gastada por los otros muertos, por los otros payasos que llegaron antes que él, deslucidos, frustrados y sin nombre, olvidados, sin paradero conocido, sin familiares, sin recuerdos, también sin zapatos, ultimados por la miseria.

Fue entonces cuando Estubigia agarró su canasto y empezó a vender dihueñes y empanadas fritas, siempre dándole una mirada al mar antes de acostarse, repitiendo:

—¡Me voy a morir sin haber usado zapatos!

Ahorraba, y cuando por fin reunía unos pesos, llegaban los achaques, o bien subían el precio de la merluza, el arriendo del miserable cuarto donde tiraba un rato sus huesos por la noche.

Hasta que sintió que la muerte venía a buscarla de a poco, anudándola por dentro, pegándole unos golpecitos, haciéndole unos llamados, restándole fuerzas, aquietándole el corazón, pero siempre escuchando el mar, como si también el mar envejeciera junto a ella, cada día más achacoso, encorvado, como si la espuma, en su regocijo, tardara más en romperse, en transmitir su belleza y su libertad.

Y cuando la muerte llegó por completo, no tuvo mucho trabajo en llevarse a Estubigia.

Al contrario, la anciana la estaba esperando y le

abrió las puertas casi con júbilo. Una noche dejó todo en orden. Y se durmió. Y del sueño pasó a la muerte rápidamente, sabiendo de antemano que no regresaría, que se iba despidiendo de sus huesos y de su pobre saldo de piel que le había quedado como única herencia de la vida.

—Murió Estubigia —sollozó una vecina.

—Y sin zapatos —repitió el coro de los curiosos.

Se movilizaron las comadres, casa por casa, hasta que aparecieron con un par envuelto en papel de diario.

—Es lo único que pudimos conseguir —se justificaron—. Ojalá le queden bien.

La pieza se llenó de extraños mirando el rostro arenoso de la anciana. Un rostro que no era vengativo ni plácido, que había sufrido y que había llorado y ahora perdonaba sin que nadie se lo pidiera.

La taparon con una sábana, mientras le calzaban los zapatos de fútbol del compadre Cochecha, que los cedió con bastante emoción. Todavía los tobillos tenían esa porfía metálica de la madera. Y la vida de Estubigia terminaba en ese par de zapatos, sin lengua, con los estoperoles sobresalientes.

Después aparecieron los dos maestros carpinteros. “Nosotros vamos a hacerle el ataúd —dijeron— con lo que nos sobre del pololito que estamos haciendo”. Porque más arriba, a unos pocos metros, en el cerro El Infiernillo, esa misma tarde iban a crucificar a un sospechoso junto a dos ladrones.

Se lo pasaron haciendo viajes, porque clavo que les sobraba del otro trabajo lo traían de regalo, y con el saldo de las maderas de las cruces del cerro, empeza-

ron a hacer el fondo de la caja. Se notaba que los dos hombrecitos —el carpintero y el ayudante— eran del oficio, porque uno sacó una huincha y empezó a medir a la finada mientras el otro le sujetaba la mano para que no se equivocara en el cálculo.

—Dos por dos son cuatro, llevo una, que no es ninguna, y me doy vuelta y sumo tres u sea cuatro y me van quedando..., y me van quedando...

—¿Qué es lo que te va quedando, cara de vidrio molido? —preguntó el ayudante.

—¡Una sed caballa! —contestó el carpintero.

—Los maestrillos tienen sed —gritó una de las comadres que estaban escuchando la conversación.

Pronto apareció una jarra de chacolí y después otra de chicha con naranja.

El ataúd quedó listo al amanecer. Con las cruces desocupadas después del ajusticiamiento terminaron el resto del féretro. La parte de arriba, la tapa, la complementaron con unos cajones sardineros que regaló un comerciante. Lo pintaron con unos conchos de color verde botella por un lado y yema de huevo por el otro, los únicos que consiguieron prestados, mientras los vecinos se preparaban para el velorio trayendo tritre ahumado, queso de chanco, jaibas cocidas, pan abundante y aguardiente.

Empezaron los rezos y los llantos; los maestrillos recogían la virutilla despejando la habitación.

La pieza olía a madera fresca, a pino verde. Vestieron a Estubigia con su ropa negra de viuda. Con los zapatos de fútbol inspiraba más respeto.

—Y pensar que cumplió su sueño —dijo una vecina por lo bajo.

Los maestritos tomaron a la anciana como si fuera un bote. Dos de los hombros y dos de los pies, y empezaron a ubicarla en su nueva casa.

—Este es el momento cuando a uno le viene la rabia —dijo el ayudante.

—Táte callado, pailón —fue la respuesta del maestro carpintero.

Apoyaron la cabeza de Estubigia en una tosca almohada en el interior del cajón y siguieron acomodando el resto como si fuera una semilla cayendo a la tierra, una semilla blanca que no le hizo mal a nadie, que crió sus ocho hijos, que barrió, lavó, amó, que le sacó los zapatos a Florián toda vez que llegó borracho, que luchó a brazo partido para que a los niños no les faltara leche, que rió cuando caminaron sus críos o escuchó sus primeras palabras, que veló a sus enfermos, que caminó largas distancias para pedir prestado un hueso y parar la olla y que calló a la hora solemne del hambre.

Y ahora que la estaban dejando para siempre en el ataúd, los maestritos comprobaban que no les había alcanzado la madera, y por unos pocos centímetros el pequeño cuerpo no podía entrar por más que trataban de ajustarlo.

—Hay que sacarle los chuteadores —dijo el carpintero.

Una de las comadres empezó a deshacer la pulcra rosa de los cordones de los zapatos de fútbol, y de nue-

vo los concurrentes vieron esos antiguos pies desnudos, postrados en su terrible desolación.

Sólo el mar continuaba su agresiva parsimonia, sin que le faltara o sobrara nada, completo, íntegro en su destrucción, sin prisa y sin pausa, ordenado, caótico y solemne como si realmente fuera un ser humano que todavía estaba vivo.

LOS MAESTRITOS

Personajes:

Dos expertos en electricidad.

Fámula con cofia.

Lugar de la acción:

Barrio alto de una ciudad.

Los primeros experimentos llevados a cabo en Leipzig en relación con la bomba atómica estuvieron perseguidos por la desgracia. El físico Döpel, al desconocer las cualidades químicas del uranio, pretendió manipularlo con una pala de metal, ocasionando así un pequeño incendio. Al echarle agua al fuego se extendió aun más, y tuvieron que acudir a toda prisa los bomberos.

* * *

“Slotin solía realizar los experimentos sin servirse de ninguna protección especial. Los únicos instrumentos que empleaba eran dos destornilladores, mediante

los cuales, con un cuidado extremo, deslizaba dos semiesferas por encima de un rail. Tenía que conseguir con infinita precisión el “punto crítico”, es decir, el momento en que se desata la reacción en cadena, el cual se interrumpía de pronto en cuanto volvían a separarse las semiesferas. Si el manipulador rebasaba este punto o si no reaccionaba con la suficiente celeridad, la masa podía volverse “supercrítica”, ocasionando la explosión nuclear”.

Robert Jungk

“Más brillante que mil soles”.

* * *

Por fin dieron con la mansión de cinco pisos. El maestro de la talega tocó el timbre; vieron después a una fámula de blanco y negro con cuello de hule que sonaba al caminar por el almidón del uniforme.

—Aquí le venimos a arreglar el wuafle —dijo el electricista para impresionar, mostrando el alicates y el soplete.

—Cuidado con pisar las flores —advirtió la empleada, al observar el paso balbuceante de los dos técnicos, que apenas tenían fuerza para levantar sus enormes zapatones sin taco, amarrados con alambre y cáñamo.

Las visitas se pegaron un codazo de mutua sorpresa mirando las áreas verdes, los juegos de agua, las plantas y las aves exóticas, las caballerizas.

La mujer de blanco con cofia los hizo pasar por la entrada de la servidumbre.

—Estamos en pana, fíjense —dijo ella.

—Igual que nosotros —fue la respuesta—. ¿No tiene del blanco?

—Este es el plato que no me funciona —señaló la empleada doméstica con un gesto distraído.

—¿Y cómo le va a funcionar, mi linda, si tiene cambiado el circuito? —aseguró el maestro electricista dando una mirada panorámica al artefacto.

—¿El berilo? —consultó el otro maestro.

—Yo creo que es el plutonio —contestó el electricista con tono preocupado.

—Ah, eso sí.

Vaciaron la talega: queso duro, la Biblia, alambre, plomo, grasa de carreta, la teoría de la relatividad de Einstein, un enchufe y la partitura original de la Sinfonía N.º 36 de Mozart.

—Déjeme ver por este lado —agregó el profesional con viva curiosidad.

—Pero no tiene por qué levantarme la enagua —protestó la mujer.

—Es que ando un poco fallo a la vista —se disculpó el experto.

—Lo que pasa es que se ha producido una desinteligencia entre los polos —confirmó el ayudante.

—U sea —recalcó el otro—, tenemos una relativa modulación en la parte sensible del instrumento. —Se secó la saliva del dedo en la chaqueta.

—Porque todo es relativo, todo es relativo —repitió el ayudante.

—El polo sur choca con el norte y entonces ¡chuiff!

Perdía aire al hablar, pero se entendió con claridad lo que quiso decir.

—U sea que mientras la corriente entra por un polo sale por el otro y en eso se lo lleva y por eso usted no puede cocinar, ¡m'hijita rica!

Ella hizo sonar las pestañas como exclamando para sí: “Cuidado, no me vaya a creer”. Después agregó para desviar la conversación:

—¿Necesitan alguna cosa?

—Mire que no vamos a necesitar —contestaron al mismo tiempo—, ¿será del tinto, no?

—A ver, maestro —ordenó el jefe—. Demos vuelta la cocina para medir el grado de la radioactividad.

Trabajaban con rapidez, con aparente pericia.

—Es grave la cosa —le confirmaron a la empleada, después de terminar el prolijo examen valiéndose de un estetoscopio.

—¿Pero tiene remedio, no?

—Pa eso estamos nosotros. A ver, maestro —ordenó—, prenda el soplete.

Hizo un cálculo en voz alta:

—Si le rebajamos el imperaje ya vamos a andar en los veinticinco watios.

—Siempre que quedemos vivos con la explosión —agregó el ayudante con toda naturalidad.

—Lo importante es que el wuafle funcione. Porque si el wuafle anda mal todo anda mal.

—¿Y usted es soltera o casada? —preguntó el que tenía el alicates en la mano.

—¿Yo? Solterita.

—Se le nota a la legua —contestó el ayudante, que estaba encargado del soplete.

—Pásame la Biblia —ordenó el jefe.

Leyó al azar: “Pues he aquí que el día de mañana, como a esta hora, haré llover granizo de tal manera grave que nunca habrá otro como éste en Egipto, desde el día en que se fundó hasta el presente...” “Yo te he invocado y tú me responderás”.

—Así ya no estamos tan solos —fue la única explicación del maestro en el momento en que cerraba el libro.

Al poco rato la cocina quedó destripada, hueca, con los hoyos vacíos de los platos.

—Vamos a simplificar el sistema —dijo uno.

—Para que el wuafle alimente todo el circuito, dice usted.

—Eso mismo, aunque tengo mis dudas.

—No, maestro. Así vamos bien. ¿No ve que es el dinamo el que no permite que trabaje el amplificador?

—Acuérdese —advirtió por lo bajo el ayudante— que no es nada una vitrola la que estamos arreglando, es una co-ci-na.

—Es la misma cuestión, la misma técnica.

—También es cierto.

—¿Dónde está la diferencia? Mientras en la vitrola la corriente se va de un viaje a un solo plato, aquí alimenta a los cuatro.

—Y queda la pata de pollo, como quien dice.

—Yo no entiendo ni palotes de lo que están conversando —advirtió la fámula.

—Usted perdone —dijo el más caballeroso de los maestros—. Son términos propios de la profesión, cosa de científicos, de hombres sabios. Y eso que todavía no le hemos nombrado el uranio.

—Ni el neutrón tampoco. Así hablamos los que le hacemos a la numismática.

—No, oh. A la cibernética.

—Eso mismo.

—¿Con qué les puedo hacer un cariñito? —preguntó ella.

—Ah, ya es cosa suya —contestó el que tenía la Biblia en la mano, poniendo la mejilla izquierda.

—¿Les vendría mal un blanquito?

—¿De ese que toma el patrón?

—Del mismo —contestó la fámula con cierto orgullo de dueña de casa.

—Bájele el volumen al soplete —ordenó el jefe—. Mire que ya tengo estudiada la pana y vamos a empezar a soldar.

—¿Los interrumpo? —preguntó la mujer, ofreciendo el vino en dos grandes vasos.

—¿Cómo, y usted?

—Yo los acompaño después —prometió ella.

—Aunque sea mójese los labios —exigió el más experto.

—No vaya a ser cosa que me cure —dijo ella, aceptando.

—¿Qué le va a hacer? —insistieron.

—Ahora vamos a armar la cuestión —anticipó el ayudante.

—Tenga el plomo, firme.

Las llamas del soplete comenzaron a ablandar el material: las gotas caían chirriando sobre los alambres.

—La cocina le va a quedar como nueva.

—Sí, ya veo —confirmó la fámula con entusiasmo.

—¿Y a usted cómo le vendría una soldadita? —le preguntaron.

—No me digan esas cosas —coqueteó—. Miren que no soy de fierro.

—¿O no es verdad todo lo que se ve?

—Sí —contestó con el rostro encendido—. Las de “ella”, no.

—No me diga. ¿Y de qué son?

—Son con relleno.

—¿Como papita rellena entonces? ¿Será porque a lo mejor no es nueva, porque la patrona está medio retirada de las pistas?

—Por eso tendrá que ser —concluyó la fámula con cierta inocencia.

—Tenís que tener más cuidado —alertó uno de los maestros.

—¿Qué es lo que te pasa?

—Fíjate pa qué lado apuntái con el soplete.

—“Ella” usa pestañas postizas también.

—No tiene nada propio.

—¿Y con qué se amarra las pestañas? —inquirió el más ingenuo.

—Yo creo que con goma de pegar.

—Debe ser con cemento —calculó el otro técnico.

—Güeno, vamos a conectarle el wuafle.

—Echale otra luquiada a la Biblia, por si acaso —aconsejó el ayudante.

—Tiene toda la razón, maestro. Vamos viendo: Salmos, capítulo 18: “Subió humo por su ira, y luego procedente de su boca, ascuas se encendieron de él...”

—Ojalá resulte cierto —agregó el otro maestro.

Observaron las guías de los alambres abriéndose en cuatro direcciones.

—Ahora vamos a rematar el trabajo —dijo el maestro que había leído la Biblia—. Páseme el soplete.

—¿Que no ve que no puedo, maestro?

—¿Qué le pasa, ayudante?

—Chih, qué me va a pasar. ¡Me entró la parálisis, la polio! Se me puso dura la mano, se me agarrotaron los dedos.

—Por falta de elemento —dice usted.

—Por la absoluta escasez de berilo.

—Miren, qué torpe soy —dijo ella, dándose cuenta de la indirecta—. Sírvanse con toda confianza.

Les llenó los vasos.

—Pero esta vez no le vamos a aceptar tomar solos.

—Lo que ustedes quieren es tentarme.

—No, no. Nada de eso.

—No vaya a ser cosa que se me caliente el hocico —confesó ella con toda delicadeza.

—Por usted, m'hijita —saludaron los maestros, haciendo sonar los vasos.

—Por ustedes —contestó ella—. Para que todo salga bien.

Reiniciaron el trabajo, ordenando las piezas.

—Vaya a dar la corriente —ordenó el maestro que dirigía la obra.

Se creó un rápido suspenso, escuchándose un chi-

rrido agudo como la frenada brusca de un camión cargado que hace una maniobra para evitar el choque con un ciclista.

—Parece que no enciende —dijo el ayudante.

—Vamos a tener que recorrer todo el circuito —se justificó el otro maestro—. Hay una disparidad en la alimentación de los neutrones.

—Parece que no estamos nada inspirados. Esa es la cuestión —confesó el ayudante.

—Entonces abramos al tiro la otra botella —se adelantó la fámula.

—A lo mejor nos perturba la mente —comentó el más hipócrita—. Pero ya que usted insiste...

—Me está entrando la duda —dijo la mujer viendo el desorden en la cocina—. ¿Quedará bien el artefacto?

—Mire que no. Si nosotros dos somos nacidos y criados en la cuestión. Descendimos de maestros electricistas. Mi abuelo le pegaba también, y ¿sabe qué más?, ni la continua ni la alterna le hicieron una desconocida. Nunca los patió siquiera.

—¿Pa qué lado está el norte? —preguntó uno de los maestros.

—Me parece que a su espalda —contestó la fámula con cierta inseguridad.

—Claro, claro —se contestó a sí mismo el maestro.

Atornilló con fuerza una de las llaves de la cocina.

—Péguele con el alicate —ordenó el otro maestro.

—¡Por fin! Faltaba el ajuste. A ver, maestro, aplíquese por este lado.

Se pusieron a escuchar reforzando el oído con la mano.

—Humito sale —dijo uno.

—Y olor a quemado también —agregó el otro.

—Pero si es el refrigerador —gritó ella.

—¿Qué pasa? —preguntó uno de los maestros con aparente tranquilidad.

—¡Está saliendo fuego del refrigerador!

—Con este invento nos hacemos ricos, maestro.

—Oiga, parece que se le pasó la mano, fíjese. Los platos de la cocina están helados como la piedra.

—No me diga.

—Toque, toque. ¿Que no se está formando hielo encima?

—Pero no ahí —advirtió la fámula, preocupada.

—No me diga nada más, maestro. Ya la pillé: es el trifásico.

—Yo diría que la falla anda por el lado del barbitúrico.

—¿También puede ser, no? Algo de eso hay. Parece que juntamos el alambre que era con el que no era.

—A ver, bájele un poco la potencia al transformador.

—¿Así?

—Otro poco, otro poco —exigió el técnico, moviendo la mano para que el ayudante regulara la operación—. Perfecto —confirmó.

Un mozo con tongo lustroso y guantes entró a la cocina, agitado:

—¡Está saliendo agua hervida de la manguera! El jardín está hecho una miseria. ¡Se quemaron todas las plantas!

—Cierra la llave, pues, aturdido —le aconsejaron al sirviente.

Se escuchó un nuevo cálculo mental.

—A ver —ordenó el jefe a su ayudante—. Abra la llave de paso y cuando empiece a salir el agua, ¿ah?, pegue el grito.

—Pensar que la cocina no enciende y yo me estoy quemando por dentro.

—Aguántese un segundito —dijo la fámula ajustándose la cofia—. ¿Qué me demoro en llenarles los vasos?

—Oiga, m'hijita. ¡No sé qué daría por ponerle pieza!

—Fíjese bien en lo que hace —argumentó ella, desviándole las manos—. No juegue con fuego.

—Me estoy quemando vivo —gritó el ayudante desde lejos—. ¡Se me quedóooooo el dedooooooo pegado en laaa mangueraaaaaaaaaa!

Miró por la ventana: el ayudante estaba rodeado por una impresionante nube de vapor, como una tinterería el viernes por la noche.

—No hay duda de que algo anda mal.

—¿Qué le pasa, ñor?

—¡Estáaaa saliendo músicaaaaa hervidaaaaa por la mangueraaaaaaaaaa!

Puso el oído en los platos.

—Magnífico —dijo, sin dar mayores explicaciones.

—¿Que no está saliendo música por la cocina?

—consultó incrédula la mujer de blanco.

—Tal como lo oye.

—¡Por Dios que es diablo usted!

—Ahora podrá cocinar llevando el compás —aseguró el técnico con orgullo—. ¿Y qué nos demoramos en bailar?

—Ah, no —contestó ella con cierta reticencia—. Yo no le bailo el valse.

—¿Y qué es lo que le gusta bailar entonces?

—Alguna otra cosita más movida.

—Ah, de eso me encargo yo —aseguró el profesional.

—Sí, sí —dijo ella—. Pero no se olvide de poner la música.

—Oye —dijo el maestro que venía del jardín—. Está quedando la crema. Ahora se congeló la manguera, quedó como palo.

Comenzó a sonar el teléfono.

—Debe ser “ella” —advirtió la fámula, levantando el teléfono blanco.

—Dios mío —alcanzó a decir en el momento en que le saltaba un chorro de agua en el rostro.

—Entonces no es nada el trifásico —concluyó el maestro—. Me con que tiene que ser el wuafle, no más.

—Aló, aló —exclamó la mujer con cofia, secándose la cara con un pequeño pañuelo.

—¿Agua fría o caliente? —preguntó el electricista más minucioso.

—Fría como el hielo —comentó ella con cierto escándalo—. Miren cómo me están dejando la casa.

—Déjeme tener un cuadro exacto de la situación —dijo el más experto—. En la manguera tenemos agua caliente: correcto. En el teléfono, agua fría: correcto. En la cocina tenemos música: correcto.

El ayudante empezó a buscar la botella.

—¿Sabe dónde está la pana?

—Aquí —dijo el maestro más sediento—. Aquí en la garganta.

—Póngase la otra, amorcito —pidió el más comedido—. Después a la salida arreglamos.

—Digo yo, maestro. ¿Y si invertimos los polos?

—El agua subiría entonces por el circuito del teléfono, ¿no?

—No importa. ¿Y qué nos demoramos en desviar el chorro a la vitrola?

—¿Con el sistema?

—Con ese mismo —contestó el más satisfecho de los maestros.

—¿Sabís que más? —dijo uno de los electricistas bajo cuerda—. Apreta.

—¿Qué querís que aprete? —preguntó el otro con toda inocencia.

—Que apretís el acelerador. ¿Te dai cuenta la media embarrada que hicimos?

Uno tomó la talega y buscó la puerta mirando el techo, estrujando la punta de la chaqueta, tratando de disimular.

—Mire cómo son las cosas —dijo el otro maes-

tro—. Vamos a tenerle que hacer un recorrido completo.

—Pero no aquí —dijo la fámula—. Yo tengo libre el domingo.

—Déjeme explicarle —continuó el experto, que ya había quedado solo—. Tenemos que ir al mismo origen de las cosas. U sea a la postación de la calle. De ahí viene la pana, fíjese.

—Vayan y vuelvan —contestó la empleada con entusiasmo—. Los voy a esperar con algún postrecito.

El electricista comenzó a despedirse como si estuviera en algún andén, ya levantando la mano, ya sacando el pañuelo agitándolo vivamente emocionado casi, con lágrimas en los ojos. En el momento en que abrían la pesada puerta de hierro apareció la dueña de casa con un impresionante sombrero de rejilla.

—Papú, papú —gritó uno de los maestros apretándole los falsos senos vacíos.

—Y era cierto —dijo el otro, pegándole un tirón— que tenía las pestañas postizas.

Después se escuchó el traqueteo de sus enormes zapatos, haciendo sonar la acera, dejando atrás las voces amenazantes.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

EL AURIGA TRISTAN CARDENILLA

Personajes:

Tristán Cardenilla.

Un caballo.

Popca, su mujer.

Lugar de la acción:

Barrio estación sureño.

PRIMERA PARTE

... se ríe del caballo y su jinete.

Job. 30, 18.

“¿Para qué sirven los viejos”, se preguntó, tratando de ubicar el dolor en el pie. Con la lluvia se mojan el camastro, la silla de mimbre del dormitorio, el ropero de madera terciada, la mesa coja, las amarillentas cortinas de la pieza y la foto de su abuelo, también auriga.

Sentóse el anciano. El ruido del temporal terminó desvelándolo.

Relinchaba el caballo al fondo de la casa, mientras el hombrecito iba y venía apurando el fuego con la boca en medio de la humareda, tiznando aun más el espejo roto, los zapatos destripados, y su mujer, la Popea, durmiendo de bruces, sin sentir.

Después la rutina: acercarse al caballo, saludarlo con recias palmadas —crap, crap, crap—, ponerle los arneses, tomar una taza de agua caliente, salir al trote a la estación, y esperar entre el gentío y la lluvia la llegada de los trenes.

Así pasaron los años de la vida (1).

Tristán Cardenilla, triste, incomprendido. El caballo, meditabundo, viejo, y la Popea, el otro miembro de la familia, durmiendo o llorando.

Todo había cambiado con el correr del tiempo, y hasta el pulso del auriga ya no era el mismo. Ahora tomaba las riendas en otra forma, le faltaban seguridad, energía. Y hasta el castigo al animal y el sonoro “chui-chui”, para que apurara el paso, eran distintos. Desganado, casi sin voluntad. También el animal no tenía esa partida briosa de antaño. Ahora temblaba al frenar de golpe (2), sudando en todos los recorridos, aun en los más cortos, echando espuma por la boca.

¿Hasta cuándo resistiría?

Cada nueva semana la ración era más mezquina: menos pasto y más agua. Tristán ya no lo miraba con

(1) ... porque los cortos años se van pasando (Job, 16, 22).

(2) ... y las rodillas trémulas, tú fortalecerás (Job, 4).

la comprensión de antes, sino con vergüenza culpable. El caballo se daba cuenta de la situación, sin poder hacer nada por remediar ese conflicto de la conciencia del auriga, que eludía toda explicación, sentado en la acera, mirando largas horas el paso de los modernos vehículos.

El auriga también estaba flaco. Comía de vez en cuando un pejerrey frito, uno solo, astillándolo fibra por fibra, como si fuera un gorrión, mojado en las noches un pedazo de pan duro con medio pato de vino (3).

—Por aquí, por aquí —gritaba haciendo sonar las manos.

Los pasajeros se sorprendían al mirar las costillas del animal (4).

—¡Estamos listos! ¡Subirse al chicoteado!

—¿Llegaremos?

—Mire que no vamos a llegar. Flaco pero firme.

—¡Apure el machucado, ñor, antes que se haga de noche!...

El animal se cimbraba con el peso de la carga, como si fuera a quebrarse, dejando la impresión de que iba separando enormes cantidades de agua, cortando fuego, pateando aire.

Una tarde se terminó el pasto. El auriga miró al caballo con más vergüenza que de costumbre, con ojos dóciles y rebeldes a la vez, silencioso, deshilachando una pajilla.

(3) ... y si yo he comido solo mi bocado (Job, 21, 17).

(4) ... sus rodillas como barras de fierro (Job, 40, 18).

El caballo acusó el impacto, sintió un vacío en el estómago, tal como la necesidad de tener un dios que debe experimentar un penitente extraviado: un hueco, la dimensión espiritual, un aguijón golpeándole las tripas. La forma y el volumen del hambre.

—Estás perdonado —pudo haberle dicho el caballo. Y lo dijo:

—Si no hay no hay.

Bebería más agua que de costumbre para engañar el estómago. Sacrificaría su parte hasta los extremos más inconcebibles. Bestia y hombre, como es costumbre, seguirían compartiendo la misma deshonra del hambre, dorados por el último sol de la tarde.

En la casa, la Popea estaría vociferando, porque el auriga partió sin dejarle una chaucha para el almuerzo:

—¡Con los amigotes sí que eres manirroto! No te importa gastar, aunque yo ande a la huila. No tengo ni un polvito que echarme. ¡Parezco pantruca por tu culpa, viejo inútil!”

Para evitar estas escenas era preferible quedarse en la estación, mirar los pasajeros, esperar, recordar, dormir.

Cuando Tristán entraba al bar a pegarse el cañonazo, el caballo prefería mirar para otro lado. Después de todo, un hombre que se siente solo, incomprendido, sin plata, tiene derecho a ponerle, pensaría el caballo.

Cruzaban la ciudad a duras penas, pasando por el Matadero, donde un día se conocieron. El caballo ya estaba en capilla para ser sacrificado y relinchaba de pavor. Las vacas, olfateando la sangre fresca, esperaban su turno con resignación. ¿Usted ha visto mo-

rir un caballo, cuando el matarife lo persigue con un chuzo y empieza a golpearlo como si quisiera enterrar un clavo en un pedazo de fierro? Observe primero los ojos de las vacas. ¡Cuánta burla en su mirada sentenciosa! ¡Ya te llegará el turno!, parecen decirle al matarife, sentencia que habitualmente se cumple. En cambio, al caballo le relampaguea todo el cuerpo, tiene miedo a la muerte, se le sueltan por separado los tendones, los muñones, los huesos (5), hierva, tiene frío, ira: no conoce la resignación.

SEGUNDA PARTE

En el hambre te redimirá de la muerte.

Job, 5, 20.

Hace quince años, esa madrugada, el caballo me estaba esperando, y eso que no nos conocíamos.

—¿Cuánto vale el animalito? —consulté simplemente “hecho”.

Unos ñatos se acercaron como para escuchar otra vez la pregunta, sin saber que había llegado al Matarifero por equivocación después de discutir con la Popea. Para variar, nos dijimos de todo. Salí de la casa y empecé a hacer las estaciones. Entraba en cada bar del camino tomándome la caña, hasta que llegué al barrio Puchacay.

(5) ... que hizo que se estremecieran todos mis huesos (Job, 4, 14).

—¿En qué va a ocupar el matungo? —preguntó alguien.

—Esa es cosa mía —contesté.

—Es un clavo.

Y el caballo escuchando.

—Si quiere, lléveselo por veinte mil pesos —dijo el martillero.

—¿Veinte mil?

Escupí los billetes antes de empezar a contarlos.

—Me lo llevo; trato hecho —confirmé, sin pedir rebaja.

Hicimos varios aros en el camino, yo empinando la caña y el caballo muerto de la risa, entre quiñazo y quiñazo, tierno, agradecido, moviendo la cabeza y la cola, pasándome la lengua por la cara. En una de éstas, me puse a contar la historia alrededor de unos fudres, y los que estaban más emparafinados empezaron a llorar como niños chicos rodeando con los brazos a la bestia, hasta que llegaron los carabineros y nos dispersaron. Me sentía orgulloso del caballo, igual que si fuera hijo mío, y lo miraba de arriba abajo, como se debe mirar una casa propia que uno termina de pintar por primera vez. El caballo la revolvía raspando la tierra, cruzando las patas, ufano, dispuesto a trabajar en lo que viniera, incluso horas extras, pero sin cobrarlas, claro está. Eso se le notaba en la cara.

Ahora era necesario preparar el terreno para evitar que la Popea pusiera el grito en el cielo. ¡Ella, que era tan sacrificada y soñadora y que durante tantos años había juntado la plata chaucha sobre chaucha para el pie del terrenito! ¡Y yo la media embarrada

que fui a hacer! ¡Comprar el caballo! Ella siempre cuenta que me tiene lástima, que la manejo sin ropa y sin dientes, que ando amurrado, que no me entiende, que no tengo otra mujer, pero que ando raro, que no hablo, que tomo y tomo, que el día menos pensado me van a encontrar muerto en el bar. Que no es vida la que vivimos. Y todo esto porque una vez, cuando estaba haciendo méritos en el circo para ser payaso, me pusieron a cuidar el león. Estaba tan flaco el pobre, que el administrador tenía miedo de que se lo robaran. Yo me llevé el botellón a la jaula y nos pusimos a tomar a medias, y cuando amaneció no estaba. A mí me echaron, cortando mi carrera profesional. Me desmoralicé y nunca pude explicarme por qué el león no pegó ni un rugido siquiera cuando se lo llevaron; tal vez porque era tan humilde como yo. Era medio mongólico el animalito: quedó así después que nos pilló un terremoto en Ñipas y le cayó una tremenda viga en la cabeza y entonces empezó a transmitir como esos boxeadores que tienen la radio mala cuando les entra gente al patio. Hablaba de puras grandezas, en el Africa. Y aunque le arreglaron la cabeza ya nunca fue el mismo, y después le vino la amnesia y no se recordaba ni del nombre de su abuela, y lo peor del caso es que decía que era gato, renegaba de su condición de león. Esto nos tenía amargados a todos, porque ya no sabíamos qué inventar para convencerlo de que era bravo, y cuando lo sacaban a la pista de aserrín se lo pasaba bostezando, aullaba, piaba y el domador hacía el gran ridículo, y la gente se moría de la risa, pero el león no se daba por enterado y todos sufríamos por igual.

Anduve cesante algunos meses y cufifo. Usted sabe, en el Sur no falta. La Popea me sacaba la ropa y los zapatos y con la botella de tinto, pero vacía, improvisaba un guatero y después se ponía a preparar un locro falso con harto ají y su huevito caído, pero mostrando la cara larga, refunfuñando.

Así seguimos viviendo. Un día parando la olla y otro no, pidiéndoles a los vecinos algún huesito sobrante, un poco de té de segunda mano, para sacarle el jugo y calentar el estómago, que es lo principal, porque la mujer tiene que estar con uno en las buenas y en las malas, y si hay puras malas, ¡qué diablos! Y si se va, uno queda con más ganas de tomar, y total, ¿qué saca?? La Popea siempre regresaba, y entonces vamos pidiendo fiado su litrito o dos para celebrar el acontecimiento, porque llorando uno se explica mejor. Ella juraba que me tenía mal criado con la caña, aunque yo trataba de convencerla diciéndole que tomando uno anda calentito por dentro y algo de estas brasitas le tocan a ella, que parece piedra por las noches, ya a los sesenta años.

—Aquí estoy, Popéita —dije llegando montado.

—Sí, ya lo veo —contestó, echándole una mirada al caballo.

—Es nuestro.

—¿Nuestro?

—Sí, tuyo y mío —le expliqué para consolarla.

—De tu abuela —me contestó con rabia.

—Bueno, de tu abuela, tuyo y mío.

—¿Y para qué queremos esa jiltrafa? —gritó

—Nos ayudará a trabajar.

—Si está que se cae de calambriento —protestó la vieja.

—No creas —traté de seguir defendiendo al caballo, que se sentía harto mal por el giro que tomaba la conversación.

—¿Cuánto te costó?

—No, si me lo regalaron.

—Sabís que más: regalado está caro.

—Popea —le dije—. Cuidado, que entiende.

—Ah, ¿sí? ¡Qué va a entender ese tontorrón!

El caballo se rió, cómplice, encogiéndose de hombros, guiñándome un ojo (6).

—No ve, ¿no ve?

La Popea se anduvo asustando.

—Pero, viejo loco —dijo—. Si no tenemos para comer los dos. ¿Qué le vamos a dar a este pobre animal?

“No se preocupe —parecía contestar el caballo—. Ya nos arreglaremos de alguna manera”.

—¡Saldremos a vender el pescado a caballo!

—Torrante, ¡tenís delirio de grandeza!

—Escucha, Popea. Si andamos más rápido, más vendimos.

—Ñe, ñe, ñe —remedó ella con su boca fofa (7).

—¿Qué haremos —pregunté— para que nos dejen entrar?

—Yo o el caballo —exigió la vieja.

(6) ...mas, pregunta si quieres a las bestias, que ellas te enseñarán (Job, 12, 7).

(7) De su boca procederán antorchas encendidas (Job, 41, 19).

—Ni tonto —le dije—. El caballo.

—Desalmado, yo que... (etc.)

—No es para tanto, señora. Hay que marchar con el progreso.

—¿Cuánta plata te sobró, botarate?

El caballo miró para otro lado.

—Ni cinco, Popeíta.

Me tiró una botella.

Empezó a llorar:

—Bueno, por esta noche, pasen. ¡Pero que me condene si mañana no los echo a la calle! **Mira, cómo ando yo, escondiendo las chauchitas y el cabeza de tiuque** —así me llama cariñosamente— ¡comprarse un caballo! ¿Es que tenís los alambres pelados, uiste? **Tenís que devolver el caballo, ¿uiste?** Un terrenito es lo que nos hace falta. Pa tener siquiera donde caernos muertos, ¿uiste?

—Ah, no —dijo el caballo con tono resuelto—. Yo me voy.

—Usted se calla —le dije con voz autoritaria—. A esta vieja me la conozco de memoria —agregué para confortarlo en la hora de prueba.

—Pero si vamos a pasar como el perro y el gato, yo me voy —sostuvo.

—Yo te aseguro que no —insistí.

—Popeíta, —argumenté, una vez que el caballo quedó en el galpón destartalado—. Tenemos que mirar el futuro con ojos realistas. Ponte que mañana no salga más la sierra y la pescada. ¿Dónde iríamos a parar? Mientras que con el caballo vamos a capitalizar algo,

ahorrar no sólo unos pesos para comprarnos un terreno, sino hasta una casa propia.

—¿Cierto? —preguntó la vieja abriendo los ojos.

—Cierto —le contesté—. Y quién te dice que el día menos pensado compramos un segundo caballo y después un tercero y terminamos poniendo una fábrica de caballos, ¿ah?

Pero la Popea no aflojó, y al día siguiente se mandó a cambiar temprano.

Llegué a la playa y los pescadores al verme montado se impresionaron y tuvieron más confianza y hasta me fiaron un canasto de "mono" (8), por primera vez en la vida.

Grité como condenado por los cerros, golpeando las puertas desde arriba del caballo, explicándole a cada cliente que habíamos ampliado el negocio, que estábamos dispuestos a vender a domicilio desde un peje-rrey hasta una tonelada si llegaba la ocasión.

Regresé con toda la plata y se la entregué a la Popea. Se puso contenta y con unas "nylon" (9) que nos habían sobrado empezó la fritanga. Yo fui a buscar la pitarrilla, porque después de todo no hay como tomar en la casa, y se armó la fiesta: el caballo mirando la tierna escena, comiendo su pescada frita que la vieja le preparó para él solo, y nosotros cacheteándonos igual que en la Biblia, cuando a esa gente buena se le terminaba el pan y llamaban al Señor y El se lo multiplicaba, y con el pescado igual Pascual.

(8) Congrio negro.

(9) Pescada añeja de color opaco.

La alegría duró poco. Creo que la Popea se empezó a poner celosa del caballo, porque yo hablaba más con él que con ella, es decir, con él tenía más confianza, éramos más amigos, ésa es la verdad, a pesar de las dificultades del idioma. Pero superábamos esos inconvenientes, a veces con una mirada que valía quizás por cuántas frases, con algunos gestos simples, mientras que la Popea se lo pasaba gritando todo el día con el garabato en la boca, dale que dale (10), hasta que tenía que aforrarle un combo, y el caballo se tapaba la cara para no ser cómplice de estas trifulcas, que eran el pan de todos los días. La vieja no podía ver al animalito ni en pintura y el caballo le pagaba con la misma moneda, haciéndole morisquetas o dándole ni que media patada al menor descuido. Hasta que la Popea pegó el grito:

—Esto se acabó —dijo, y agarrando la olla se fue a la casa de su mamá, como siempre, jurando que no volvería nunca más.

Quedamos solos, comiendo donde nos pillaba la hora, hasta que empecé a empeñar el caballo. A veces lo recuperaba, otras no. Un compadre se compadeció y me propuso una sociedad con una victoria que él había rematado. Sacamos la patente municipal y nos empezamos a parar en la estación con el chicoteado, esperando la llegada de los pasajeros de los trenes. Pero algo se quebró entre el caballo y yo. Quedó sentido, ya no era el mismo, no me tenía la misma confianza de

(10) Tu propia boca, y no yo, te convence de maldad (Job, 15, 5).

antes. La tristeza era sólo para él, le costaba compartirla. Bastaba mirarlo para darse cuenta. Y por más que trataba de hacerme amigo de nuevo, convidándole un pejerrey frito, su medio pato, él nada. Era orgulloso. Y aunque nunca me lo dijo, lo que le dolió fueron esas noches en blanco que pasó empeñado, mientras yo andaba en las tomas.

Pero seguía entendiendo todo, o casi todo. Y cuando no podía comprender algo, le hacía empeño. Todavía nos gustaba ver caer la lluvia, tristes los dos, pero cada uno por su cuenta, cada uno con sus recuerdos.

Y ahora que no puedo darle de comer, pienso que hubiera sido mejor que lo mataran, pero me rebelo y no lo dejo solo y a veces tengo la sensación de que juntamos las dos hambres, porque así son de profundas nuestra amistad y nuestra miseria.

El caballo hace lo posible por tenerse en pie, mascando cualquier cosa: un pedazo de cáñamo, una colilla, papel de diario, sabiendo que tarde o temprano mejorarán las cosas, que le estamos haciendo empeño a la vida, que después de la mala viene la buena, que algún día tendremos hartos pasteos y su zanahoria y avena de segundo y postre, que yo descansaré con la Popea debajo de una sombra con un buen causeo y alguna otra cosita para bajar el asado de plateada con chanco en piedra.

Una tarde, trotando por la Avenida Prat, noté que el animal pisaba en falso, como si tuviera dos patas más largas o más cortas que las otras, dando bote, soltando el freno. Comprendí que se estaba muriendo,

mientras se justificaba con humildad: **Hasta aquí no más llegamos, viejito.**

—¿Te vas a ir, entonces? —le pregunté.

—Llegó la hora —confesó con tristeza el caballo.

—¡Qué es eso! —le dije para darle ánimo.

—¿Puedo pedir algo? —consultó.

—Claro que sí.

—¿Así a lo amigo?

—A lo amigote.

—¿A lo cumpimpa?

—A lo cumpimpa —acepté, llorando.

—Es algo que no tiene importancia.

—Pide, pide lo que quieras —agregué, sonándome.

—No quiero que los niños me tiren piedras —dijo justo cuando la muerte le llegó a los ojos y se los puso duros, como de vidrio, y yo me quedé mirando en ese reflejo frío.

Había empezado a llover, lentamente, como para abrigarnos, como para protegernos, como para herirnos aun más.

Llegaron un carabinero y un fotógrafo.

Busqué un bar, me despaché dos botellas al hilo, tratando de contar la historia de un caballo muerto bajo la lluvia que no interesó a nadie. Pensé, mientras miraba el temporal, que usaría corbata negra, para recordar su memoria, igual que esos viudos que uno ve en la calle, sin saber para qué lado partir, solos, solos, pero tan solos, que dan ganas de abrazarlos, de decirles algo para que no renieguen de la vida y de la hermosa luz que nos alumbra a cada instante.

EL PEREGRINO DEL GOLFO

Personajes:

Tony Lechuguita.

Tony Montes de Oca.

El Entorchado, león.

Varios pescadores.

Lugar de la acción:

Playa de San Vicente, golfo de Arauco.

Nos dieron el león en parte de pago por los cinco meses que habíamos trabajado en el circo sin recibir un centavo.

Entramos al bar dejando a la fiera atada comiendo barro y virutilla, y otra vez recorrimos nuestras vidas, los recuerdos.

—Esto nos pasa por ser artistas —dijo el payaso **Lechuguita.**

—Así es —contestó el tony **Montes de Oca.**

—Se te están cayendo las lágrimas —recalcó el más alentado.

Corrían los hilos negros y aceitosos por su cara;

dos tiras paralelas, dos manchas delgadas, dos rasguños anchos.

—Ahora sí que la hicimos de oro —dijo el que todavía no lloraba.

Tomaron, tomaron.

A la medianoche salieron con una última botella de tinto bajo el brazo. Estaba lloviendo de un solo filo, como si el agua cayera para entrar en la boca de los transeúntes de esa hora: costaba hablar, hacer confidencias, condenar al destino.

—Que se tome el pencazo **El Entorchado** —así llamaban al león por su impresionante melena.

El animal se estremeció con los tiritones.

—¿Qué haremos ahora? —dijo el payaso más flaco, sentándose a la orilla del camino.

—En eso estoy pensando —contestó el que estaba más cerca del animal.

—No tenemos ni qué empeñar.

—Y el clavito que nos fue a meter el administrador. ¿Qué vamos a hacer con este gallo?

—No lo trate así —argumentó el más humano—. También tiene derecho a la vida.

El león movió la cabeza.

—Pero no lo vamos a atar a la carretela, ¿no es cierto?

—¿Está malo de la cabeza?

—¿Entonces, cómo lo podemos hacer rendir?

Circuló nuevamente la botella.

El león le habló al oído al payaso más enclenque.

—Ah, no —gritó el aludido—. O salimos a flote los tres o nos hundimos los tres.

El otro, sin comprender del todo, manifestó que estaba de acuerdo.

—Lo bueno es que no tiene un pelo de lesa —dijo el que estaba más desesperado.

El león agradeció con un movimiento tranquilo y señorial.

—Mal que mal, donde comen dos, comen tres.

—Eso mismo.

—Lo que yo pregunto es en qué nos las vamos a machucar.

El león se secreteó otra vez con el que tenía el rostro escondido entre las manos.

—Prefiero vender el alma —fue la seca respuesta.

—¿Qué es lo que están tramando? —preguntó el que no había escuchado la sugerencia de la bestia.

Tuvo que confesar **Montes de Oca**:

—Dice que lo vendamos, que está dispuesto al sacrificio. Cree que en este tiempo los zoológicos compran leones.

—Pero serán leones de verdad y no este truniento.

El animal pidió que le pasaran la botella.

—Mejor sería cortarle la melena y venderlo por gato montés —dijo el más astuto de los payasos.

—Ahí está la solución —dijo el león moviendo la cola, azotándola contra el suelo mojado.

—Fíjate bien. Este ñato tiene cara de cristiano. ¿A quién vamos a engañar diciendo que es de la selva, que lo trajimos del Africa?

—Tenís toda la razón. Las gentes se parecen unas a las otras después de haber vivido mucho tiempo revueltas. Los viejitos chuñucos son igual que las vieji-

tas chuñucas. Y El Entorchado se parece a ti y a mí, se parece a los payasos de todos los circos.

—Total, que quedamos en las mismas —dijo el que estaba más curado.

El león hizo señas indicando que no quedaba más vino.

No había muchos resplandores en medio de la noche. Sólo esos parches aislados, el paisaje que inventa el hombre en su desgracia: ciertas negruras, ciertas luces, el cielo patas para arriba, angustioso, las nubes como si chirriaran, la lluvia como si castigara, el aire como si doliera, el viento golpeando y el perfil de los otros borrachos saliendo movidos, borrosos del bar.

—Es mejor hacer una fogata en la playa —dijo el tony que estaba mojado como pitío.

Desató al animal y caminaron en dirección del fondo de la calle, donde el mar blanco-negro-gris hilvanaba sus secos y violentos racimos apretujados como caen los telones de los humildes teatros de barrio.

Antes de llegar miraron al payaso que terminaba de comprar la última botella de vino, caminando desconcertado, tomando por fin el camino correcto. No se equivocó en medio de las aguas con el rostro brillante, como si toda su cara fuera un espejo donde rebotaba otro espejo, y otro, y otro, sin medida, hasta que se producían una especie de fosforescencia, fuegos minúsculos, alteraciones en los ojos, en la nariz, brillos en la boca entre los pocos dientes.

Lo esperaba el otro payaso de todos colores con el león de perfil, delgado, laminoso, sentado en una sola línea, sin contraste, sin luz a la espalda.

Regresó corriendo, apretando la botella contra el pecho para que no se fuera a perder una sola gota, sintiendo el zangoloteo del líquido amarrado a ese puño de cristal, el morado repiquetear de las pequeñas olas metidas dentro de la botella.

—Vamos a quedarnos por estos lados —aclaró el payaso, señalando una piedra para sentarse.

Buscaron un poco de leña para levantar el fuego.

La botella comenzó a girar: manos y patas, fosforescencias temblorosas.

—A éste —dijo **Montes de Oca**— le queda el tintóleo en los bigotes.

El león se lamió.

Dejaron el animal al medio, sintiendo la blandura de su piel y también la dureza de sus costillas y el dulzor de las pulgas que andaban de un lado para otro. El trío parecía una llama moviéndose para un extremo, y luego inclinándose en sentido contrario, salpicados por la lluvia mientras el fuego también seguía el mismo curso, las mismas vacilaciones, el chisporroteo de las gotas rompiendo sonoramente.

En la orilla de la playa brillaban las cabezas sueltas de pescada; al león se le hacía agua la boca.

—¿Por qué no le hacís el empeño? —insinuó el payaso más generoso al animal.

El rey de la selva bajó unos metros a la arena con la cautela de un prófugo, llegando hasta donde estaban los desperdicios mojados por el mar.

—Este ha sido siempre buen pobre —refunfuñó **Montes de Oca**.

—Pero ya es payasada —dijo el otro—. Ahora se lo pasa tirando por el alambre.

—¿Y nosotros?

El león comenzó a lamer los ojos de los pescados antes de pronunciar la oración de gracias, como era su costumbre. Miró al cielo y luego hizo oír el run-runeo de su voz entre el ruido del mar y la lluvia: “Alabado sea el Señor . . . , el pan nuestro de cada día”.

—Yo soy partidario de reducirlo —dijo el payaso más práctico.

—Empeñarlo, dice usted. Dejarlo en garantía.

—Por aquí debe haber muchas viejucas piadosas, y lo podemos apensionar mientras buscamos algún rebusque, y así nos vamos arreglando.

—Yo no me atrevo —comentó **Montes de Oca**—. No le podemos hacer esa cochinado.

—Hable más bajo —recomendó el otro—. Nadie quiere dejarlo botado.

Comenzó a hacerse la luz, dentando los bordes inmensos de la noche. Aún sobrevivía el fuego, y los dos hombres continuaban hablando alcanzados por la nueva mañana estampada a filones, sin ninguna seguridad, ardiendo en sus mínimos recovecos.

La caleta comenzó a vivir mientras el león terminaba de comerse la última cabeza de pescado. Parecía satisfecho, aunque triste.

Los gallos cantaron, los hombres gritaron, desfilaron los perros, las mujeres, crecieron el humo, la algarabía, el apresuramiento de los pasos en medio del vuelo cortante de las gaviotas.

Se oía el traqueteo de los motores, medio ahoga-

dos por el frío de la noche y la lluvia, el zumbido irregular, a tropezones primero y luego suelto, con un ritmo preciso.

—¿Y ustedes, qué hacen aquí? —les preguntaron.

—¿Qué es lo que estamos haciendo aquí? —consultó **Montes de Oca** al otro payaso.

—Eso mismo digo yo —fue la respuesta.

—¿A quién se le ocurre dormir al aire libre?

—¿Cierto, no?

—¿Por qué no avisaron?

—Es que a nosotros no nos gusta molestar a nadie —dijo uno de los payasos, levantándose y mostrando su amplio traje arrugado.

—¿Y el animalito también anda con ustedes?

—Claro. **Entorchado** —lo llamaron—, saluda a las visitas.

El león obedeció, aún atragantado con las espinas, tosiendo.

—¿Que no es un león? —preguntó uno de los pescadores, lleno de asombro.

—Ahí donde usted lo ve —dijo **Montes de Oca** con orgullo.

—Este le hace a todo —dijo el otro tony; recomendándolo—. Lástima que ahora anda con el asma: está afónico.

—Tomaremos alguna cosita para entrar en confianza —dijo un pescador.

Pegaron un silbido, Se acercó uno de los niños que contemplaban la escena desde lejos. El león ya se había conquistado a la concurrencia: bien parándose en dos patas o moviendo la cola, imitando el vuelo de una

mariposa, colocando una mano adelante y otra atrás, como Napoleón, imitando a algún bombero corriendo en bicicleta mientras escucha la sirena de alarma, dando a conocer su repertorio artístico.

—Es dura la vida por estos lados —acotó **Montes de Oca**.

—Y dígame dónde es blanda —le contestaron—. Aquí también andamos con las tripas pegadas al espinazo.

—Igual que allá.

—¿En dónde?

—En el Norte. Nosotros somos del Norte. Veníamos rumbiando pal Sur y llegamos al mar, y aquí, güenas noches los pastores.

—Hasta aquí no más llegamos —reforzó el otro payaso.

—Pero por este lado hay más rebusque.

—¿Dónde, dice usted? —preguntó con curiosidad uno de los trasnochados.

—En el mar.

—Chih, el mar. Conmigo no.

—Es de rulo el payaso. Le tiene miedo a las olas.

—No es mi especialidad —concluyó con cierto orgullo profesional **Montes de Oca**.

—Ahora que están alcanzados no tienen otro camino —sentenció el pescador más antiguo—. A muchos les ha pasado lo mismo.

—Nosotros no le hacemos al mar —replicó a coro el trío.

Al león se le puso la carne de gallina con sólo pensar en la idea.

—Es que están condenados —insistió el pescador—. El que topa con el mar se hace a la mar.

—Llegó la parafina —dijo el que estaba esperando con más sed el vino.

Las botellas empezaron a correr.

—Cada uno mata su piojo, cada uno maneja su propia botella —aconsejó el más anciano.

—Yo la comparto con **El Entorchado** —adelantó **Lechuguita** con tono comedido.

—No —le contestaron—. A él también le mandaremos pedir una. Así se acostumbra por estos lados. ¿Usted cuántas botellas hace?

—Depende.

—Pero pongamos por caso, cuando está contento.

—Unas cinco, creo yo.

—Güena, güena medida, pero no hay que ser tan hipócrita —manifestó uno de los pescadores con tono molesto y sospechoso.

El niño volvió a salir corriendo a la borrachería.

Siguieron tomando, haciendo sonar la boca, recogiendo la lengua debido a la aspereza del vino.

—Me gusta el animalito —dijo el hombre de mar que lo estaba mirando largo rato—. ¿Cuánto vale?

—Ah, patrón —contestó el payaso—. Pierde el tiempo. No está para la venta.

—Es cuestión de arreglo —agregó el ofertante.

—En este caso va muerto —dijo el artista.

Otra vez levantaron las botellas; el sol golpeando en los vidrios gruesos y verdosos, curvándose, doblándose, disparatado.

—Ya, pues, amigo —dijo el que estaba invitando—. ¿O es que está operado de la hernia?

—No estoy operado de ninguna cosa —contestó un poco molesto el payaso.

—Bah, yo creí que le habían cortado el gaznate —ofendió el pescador.

—Si quiere ponerle, vamos pegando no más —fue la respuesta de **Montes de Oca**.

—Véndame el animalito —insistió el porfiado—. Se lo compro chinchín.

—La plata se acaba.

—Bah, el león será inmortal, po...

—¿Usted me vendería su lancha?

—¿Y con qué la vai a pagar, torrante?

El payaso acusó el golpe. Por eso insistió con humildad:

—Es un decir; ¿la vendería usted?

—Claro que no.

—¿No ve, no ve? Al león no lo vendimos porque es nuestra herramienta de trabajo.

—Pior es que se les muera de hambre por ahí.

—Tendríamos que morir los tres —aseguró el payaso más romántico—. Estamos dispuestos a hacerle a todo con tal de tener pa parar la olla.

—Les propongo lo siguiente —dijo el más astuto de los pescadores—. Me venden el león y yo los contrato como tripulantes de mi lancha.

—¿Qué piensa hacer con él?

—Yo lo quiero pa tenerlo en el jardín—. Pa lujo. Pa asustar a la gente.

—Tendríamos que hablar con el interesado —meditó **Montes de Oca**, titubeando.

Llamaron al león, separándose por unos instantes del grupo de pescadores.

Luego de un breve debate, el trío regresó en demanda de los hombres de mar.

—Sabe una cosa —dijo el payaso más comunicativo—, le vamos a aceptar la oferta. Pero siempre y cuando que **El Entorchado** se quede en la casa, que no trabaje en ninguna cosa, que jubile en buenas cuentas.

—Que cuelgue los botines, dice usted.

—Eso mismo.

—Claro que va a jubilar —recalcó el pescador que estaba haciendo el trato, mirando con malicia al resto de los borrachos que lo rodeaban.

—¿Y nosotros?

—¿Ustedes? Los dos van a salir conmigo mañana al “mono” para que reciban el bautizo en el golfo de Arauco. Primero da un poco de recelo, pero es cuestión de ir medio hecho. Después uno toma más confianza, ya no extraña tanto.

Pidieron otras corridas de botellas, y como a las cinco de la tarde se terminó de liquidar la transacción, en medio de los aplausos de los curiosos.

El león quiso despedirse. Estaba pálido, emocionado, le temblaba la voz.

—No dejen —dijo— de venir a verme los domingos. Tráiganme fruta, cigarritos, algún diario o revista que no les sirva—. Luego hizo una confesión—: Lo que es yo, me retiro de este mundo.

—No te pongas así —rogó **Montes de Oca**—. Cuando llegue el oro te vamos a venir a rescatar.

—Pa qué —replicó el animal con tono amargo—. Entonces ya estaré viejo, con el reuma, lleno de achaques.

Los dos payasos lloraban apoyándose mutuamente.

—No sigas, no sigas, **Entorchado** —imploró **Lechuguita**.

Alguien comenzó a tocar una cueca en lata; la tomaterra se prolongó hasta que los pescadores, los payasos y el león quedaron botados refunfuñando cada uno por su cuenta.

* * *

Charquiar un león en su sano juicio, sabiendo que es inocente, resulta difícil. ¿Por dónde se empieza? Alguien dijo: “Es como las vacas; se le entierra el cuchillo en el corazón y listo”. Otro agregó que era preferible amarrarlo de las patas, como los corderos, para evitar el sufrimiento y aprovechar el “ñachi” para comérselo con cebollas nuevas y cilantro. El león observaba todo el trajín como un filósofo, tranquilo, meditando, compasivo. Lo liquidaron sin contemplaciones. Alguien que se había conseguido el arma llegó acompañado por otros cómplices con la escopeta al aire, disparando por anticipado, levantando una polvareda, y el león mirándolos con las manos en los bolsillos.

Llegado el momento, no tomó siquiera una actitud desafiante. Sólo ese rostro socarrón que lo había hecho

tan popular en los comienzos de su carrera profesional, ese rostro intérprete de tantas pasiones, de tantas debilidades humanas.

Al cuarto tiro murió.

La caleta se había despoblado para presenciar la muerte del animal; no era frecuente ver el sacrificio de un león. Sobraron los voluntarios, hombres y mujeres, con sus correspondientes cuchillos, dividiendo prolijamente al rey de la selva para usarlo de carnada, trozándolo en pequeñas porciones aún tibias y sanguinolentas de color oscuro, preparando los espineles.

—Es una carnada de lujo —dijo una vieja que estaba cooperando—. Les va a dar gusto picar a los diablos —agregó con tono seguro.

—A lo mejor se les calienta el hocico a los **negros** —argumentó otra vieja que estaba a su lado.

—Es como servirles lengua de canario.

—No crea. No crea. Estos animales son enfermazos de los nervios —dijo la primera mujer de negro—. ¿No ve que se les suben los humos a la cabeza con los aplausos y hasta salen fotografiados en los programas de los circos?

—Hicieron bien el cálculo, eso sí. El león alcanzó para llenar dieciséis canastos justitos.

—Arriba, arriba —les gritaron a los payasos, animándolos.

Al tony **Lechuguita** se le había corrido más aún la pintura de la cara.

—¿Así con este uniforme? —preguntó **Montes de Oca** mirándose el traje de todos colores.

—Así no más —fue la respuesta.

—Ya, pues —contestaron a dúo, saltando.

—¿Cómo habrá despertado el león? —fue la primera pregunta que hicieron mientras se dirigían mar afuera pasando por Punta Lavapié.

—Seguro que amaneció con el “tonto Morales” —vaticinó **Montes de Oca**.

—Se nos olvidó decirles —agregó el otro payaso— que cuando despierta con el cuerpo malo hay que darle su chupilca.

—Se lo dejamos encargado a la vieja. Ella irá descubriendo sus mañas. Con decirles que me soporta a mí — confesó el capitán de la lancha—, ¿cómo no va a congeniar con el león?

—También es cierto —replicó uno de los payasos con decidida resignación.

—Parece que era medio viejo su león —advirtió el que había hecho la compra.

—¿Por qué?

—Se me ocurre. Da la impresión.

—No son tantos los años —manifestó el payaso más solitario—. Es por la vida que le han dado. Con mirarle la cara uno se da cuenta.

—¿Ustedes le hacen a la pescada seca? —preguntó el capitán.

—Siempre que sea de caballo —contestó **Montes de Oca**.

—Claro, esta es de caballo.

—¿Y después?

—No falta, pero medido. Aquí el trabajo es cosa seria, compañero —dijo el que mandaba, con tono imperioso.

—Nosotros siempre hemos tomado el trabajo con seriedad —aclaró el payaso, herido en su amor propio profesional—. Payasos y todo, pero serios. Así es la cosa.

Los pescadores se pusieron en fila, el motor amonó la marcha.

—La pega es sencilla. Hay que estar al cateo de la laucha y obedecer las órdenes. Y ponerle “ñeque”, porque éste es trabajo de hombres —aseguró el capitán, con rostro nuevo y severo.

—Cuando usted mande —dijo el payaso **Lechuguita**.

—Esto no es lo mismo que jugar a la payaya en la pista de aserrín.

—Claro que no —concluyó **Montes de Oca**—. Se nota que es distinto. Aquí la pega es más difícil.

El espinel fue pasando de mano en mano, cayendo al mar mientras la lancha avanzaba en forma lenta.

—No hay que hablar muy fuerte, porque los “monos” escuchan —advirtió el pescador más viejo.

—¿Tienen buen oído los animalitos, entonces?

Llegaron a la boya del otro extremo y los anzuelos quedaron colgando de los espineles entre las dos señales de corcho, en la profundidad del golfo.

El motor de la lancha se detuvo por completo.

—Ahora —ordenó el capitán— a dormir. Ahí tienen sus gangochos; más tarde apreta el frío.

—¿Qué será de **El Entorchado**? —se preguntaron a media voz tan pronto quedaron ubicados en un hueco, al lado del motor, aprovechando el calor.

—Eso mismo me pregunto yo.

—¿Nos estará echando de menos?

—¿En qué estuvimos que se nos ocurrió venderlo?

Cuchichearon el resto de la noche movidos por la blanda fuga de las olas.

Salieron a esperar el alba cuando la primera luz parece venir del fondo del océano, a la orilla del horizonte, y después se expande, no de golpe, sino tambaleando.

—Ya, ya —fue el grito de alerta del capitán—. Menos conversa y más trabajo.

—Aquí estamos —contestaron los payasos restregándose el rostro.

Se escucharon las nuevas órdenes; los hombres en fila dispuestos a comenzar la recogida de espineles.

—Todos al mismo compás —repitió el capitán a los payasos.

Como los otros pescadores se escupieran las manos, ellos hicieron lo mismo para que no les sangraran los dedos.

—A la una, a las dos...

—No te vayas a ir a la coche'e guagua —aconsejó **Montes de Oca** a su compañero.

—Cierra la jaba será mejor —contestó el otro payaso con la rabia del esfuerzo.

La cuerda temblaba, tensa, con el peso del océano como un cuchillo que no podía cortar las aguas. Una cuerda con vida. Una cuerda que palpitaba pasando de la mano al corazón.

—A la una...

Saltaba el chisperío de las gotas estrellándose con-

tra el sol. La carga no aflojaba, blanda, nerviosa, viva, desafiante.

Se estiraban los rostros, los músculos, todo tenso dentro del aire, la respiración estrecha y menuda, las venas marcadas en manos y brazos, hasta que de pronto se escuchó el rugido levantándose como un coro desde el fondo del mar, raspando el agua, desordenando la pulcritud de las olas.

—El león, el león —gritaron los payasos—. Se escuchó clarito.

—¿Qué es lo que se han imaginado? —insultó la voz del capitán cargada de ira—. Sigán trabajando.

El rugido salvaje y rebelde se repitió con un anticipo de grandes burbujas: unos anillos que enredaban la lancha y luego se distendían, pero con rapidez, balbuceante, con los bordes quemados por la violencia, por la rebeldía.

—Claro que es el león —confirmó uno de los pescadores—. ¿O creen ustedes que lo compramos para hacer bolitas de dulce?

—Yo dije que iba a dar resultado —agregó otro pescador.

—¡Picaron los “monos”! ¡Picaron los “monos”!

Los hombres no aflojaban, curvados, enderezándose al mismo ritmo, como si quisieran salir lo antes posible del túnel en que parecían estar prisioneros.

La cuerda, por fin, quedó menos tirante.

La carga salió a flote soltándose; como si la garra que la sujetaba hacia abajo se hubiera vuelto de golpe. El mar se inundó con los síntomas del oro, con la sospecha dorada y líquida de los congrios, cada uno con

una porción crepitosa de espuma que hervía, que hacía sonar sus infinitos espejos, chocando, saliendo de la luz, escapando de la muerte para aferrarse a la vida con un aleteo parecido al de los pájaros heridos, estrujándose contra la blandura de las olas, ultimándose contra la cruda dureza de la espuma.

El rugido llegaba también como un círculo gigantesco que se iba empequeñeciendo con violencia, hasta terminar en un punto silencioso. El león continuaba viviendo en cada congrio, íntegro en su desintegración, múltiplo de la nada, de la vida y la muerte, único y numeroso como la primera célula que existió, pero ya en demanda de otra, de su enemiga y salvadora, de tal suerte que al juntarse los rugidos aislados se formaba un todo ruidoso, lleno de triunfante soberbia. Los pescadores, a medida que enrollaban los espineles en los canastos, tiraban los pescados de los anzuelos, desprendiéndolos, rompiéndoles la boca. Por orden del capitán los abrían con extremada precaución, rescatando la parte sanguinolenta y agitada del rey de la selva guardada entre las vísceras, como si la bestia se hubiera enredado en esos delgados y tibios laberintos que el mar cobijó en sus profundidades.

—Nosotros nos encargaremos de armarlo de nuevo —dijo **Montes de Oca** sin poder ocultar su emoción.

—Cuidado —advirtió el capitán—, no vaya a ser cosa que les sobre alguna pieza.

—Se le ocurre —fue la respuesta.

—No te desesperes, “leoncio” —recomendó **Lechuguita**, mientras continuaban acumulando en un canasto

las diferentes partes del animal en continuo movimiento.

—¿Usted maneja aquí arriba pegalotodo? —preguntó uno de los payasos.

—No, ¿pero cómo le vendría una aguja pa coser sacos?

—Da lo mismo.

Los dos payasos continuaron la tarea como si se tratara de armar un rompecabezas. Algunos trozos parecidos, resbaladizos, complicaban la tarea, la reconstrucción; pero a los pocos minutos el león fue tomando forma de nuevo: la alborotada melena, luego una parte del lomo, la cabeza redonda, ingenua, aún saludable, desprovista de todo gesto rencoroso, como Lázaro, un individuo que viene saliendo de la muerte, que aún siente la sangre andándole por las venas, tanteando con precaución el terreno, y las patas arqueadas y blandas.

—Parece que te quedó más corto —advirtió **Montes de Oca**.

—¿De qué parte? —consultó **Lechuguita**.

—No sé, de todos lados, creo yo.

Volvió a recorrerlo, caminando a su alrededor, mirándolo prolijamente, como se observa algún objeto que se va a comprar de segunda mano, tratando de encontrar algún detalle que permita rebajar su precio.

—Hay que pegarse con una piedra en el pecho —se justificó el payaso que estaba terminando de armar el león—; salió completo. No faltó ni sobró ninguna cosa.

Miraron al animal de nuevo, aunque un poco enclenque todavía.

—Da la impresión de que está un poco inclinado pa'l norte —le criticaron—; más cojo de un lado que de otro.

—Eso es lo de menos. Se le pone un taruguito debajo de la pata corta y listo.

—También es cierto —agregó el otro payaso—. Es cuestión de contratarle un ayudante al lado para que le vaya cambiando los tarugos a medida que corra, que salte.

Al regresar al puerto en la lancha semihundida (señal inconfundible de la pesca fructífera), el león venía abrazado con la tripulación, sonriendo y saludando a la distinguida concurrencia que esperaba en el muelle.

LOS DOS UNICOS VIUDOS (*)

Le gustaba buscarme la camorra, mojarme la oreja, ponerse aniñado conmigo. Déjeme hasta ahí nomás — le decía. O corte su asunto, amigo. Pero no era suficiente. Yo no me dejaba provocar porque en realidad le tenía un poco de respeto a su edad y las canas. El viejo se ponía insoportable, cargoso, creyendo que a lo mejor le tenía miedo, que no le podía pegar un par de combos. Cuando estaba a punto de estallar, me daba media vuelta y partía; no le daba bola. Era cuestión de saberlo llevar. No era cierto que le había entrado gente al patio. Se empezó a poner raro desde que le hizo esa mala pasada a **La Flaca**. Después de unos meses que pasamos sin hablarnos, trató de buscarme la conversa. Y yo, nada, con mi orgullo al hombro. Pudo decirme: —Oye, Rengifo, ¿qué te pasa conmigo, por qué no aclaramos las cosas?— A lo mejor me iba a hablar con ese tono que tiene cuando se las da de caballero como si yo no lo conociera. El también la vio con tongo cuando chico y eso a mí no me lo va a desmentir nadie. Y sé que le gusta irse de lengua porque

(*) Cuento inédito. Se publica por primera vez en esta Antología.

está solo y aburrido y son pocos los que quieren perder el tiempo escuchándole contar la misma historia con esa voz cansada y sin gracia que pareciera estar moliendo piedras. Oye, Rengifo —insistía, pero yo, nada. Así me lo tengo castigado y eso le duele más que un garabato o casi igual que si lo aforrara.

Le podría contestar: —Viejo, el que la hace la paga —y decirle que el día que me pille atravesado lo puedo liquidar con un golpe bajo. A lo mejor eso es lo que quiere cuando anda con la provocación de por medio hablando mal de mi familia. A la larga prefiere irse por el lado bueno invitándome a tomar un trago a la borrachería de Custodio. “Podríamos llevar algunas apancoritas cocidas y tortillas para conversar un medio pato y otro más”. El no lo dice, pero se entiende que quiere pagar todo para ponerse en la buena conmigo y después darme un abrazo: “Rengifo, aquí no ha pasado nada”. Pero yo lo manejo cortito y muchas veces como le doy un poco de esperanza y luego le pongo la mala cara porque la que me hizo fue muy grande. Y aunque sé que algún día tendré que perdonarlo todavía ando con sangre en el ojo y la idea de la venganza me da vuelta por la cabeza.

Yo siempre salgo solo a trabajar. No sé qué me dio por invitar a **La Flaca**. Creo que a veces los cabros la aburren y entonces, mejor, recuerdo que le dije, venga a distraerse m'hijita. Y ella dijo que bueno y dejó la casa y los críos recomendados a una vecina. Estábamos contentos y fue cuando compramos el chuico de tinto. Y entonces nos pusimos a recordar la vida. **La Flaca** se cargó para el lado de la ternura, oiga. La

lloramos bastante, emparafinados ambos dos echándonos la culpa de muchas cosas, pero después nos pusimos en la buena y nos volvimos a agarrar de las mechas porque como todo el mundo sabe ella es muy celosa. En eso estábamos cuando se dio vuelta el bote. Puso una cara tiesa y nunca más se supo.

La seguí llamando la noche entera pero no apareció con lo emparafinada que estaba.

Si el me pidiera disculpas a lo hombre, no sé, tendría que pensarlo dos veces. Lo malo es que casi siempre se hace el cartulino y yo cuando ando con la caña me sale el rencor como para hacerle la guardia y pegarle la puñalada por la espalda porque es chueco por el lado que usted lo mire y lo más malo de todo es que no conoce el remordimiento.

Tengo la impresión que también es medio picado de la araña, que un tiempo sin que yo lo supiera, le anduvo arrastrando el poncho a **La Flaca** cuando ella me venía a buscar con el botellón y el pan con ají. ¿Qué le habrá visto a ella habiendo tantas mujeres en el mundo y eso que quedó como tabla de planchar después que tuvo al Horacio? A lo mejor también se entusiasmó con esa cosa diabla de la difunta cuando me coqueteaba con los ojos llegándose a poner turnia con la gracia. Creo que por eso anda furioso, rugiendo como si alguien le fuera a hacer caso a las leseras que dice. Casi estoy seguro que le había echado el ojo a **La Flaca** y se pasaba con cualquier disculpa frente a la casa y sabiendo con la facilidad que se tentaba le tenía prohibido que se mostrara mucho sobre todo a

la hora de la siesta o cuando yo andaba afuera buscando los alimentos.

Y ahora el viejo: —Chisst, chisst, Rengifo —me dice como si uno no tuviera amor propio, como si uno le pegara una patada a las piedras y apareciera otra **Flaca** cuando yo sé que era la última y con la finada se terminaron para mí las mujeres con corazón de oro.

Yo creo que el viejo debe tener un poco de compasión cuando al amanecer mira cómo hago hervir la tetera preparándole el desayuno a los cabros, saltando de un lado para otro, quemándome los dedos, un poco inútil.

A veces me vuelve el odio. Me gustaría —digo— caparlo a uña, que supiera lo que es bueno, pero tengo que resignarme hasta que llega de nuevo la tristeza y **La Flaca** no regresa aunque con lo bromista que era a lo mejor el día menos pensado aparece como si nada, saludando, muerta de la risa.

Yo recuerdo cuando nos cacheteábamos en la playa y el viejo se ponía tiritón de pura rabia mirándonos gozar como si fuera el último día del mundo.

Porque nunca le ha visto el ojo a la papa y la vida entera se lo pasa solo y por eso anda refunfuñando y ahora se va por el lado de la rebaja, diciéndome: —¡Oye, Rengifito, no me guardes el rencor!

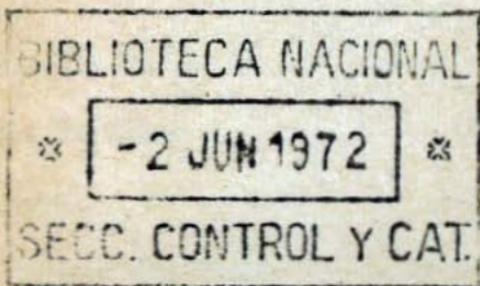
Lo único que sé decir es que él nunca ha sido padre de familia y si algún día tiene un hijo no le va a salir ni parecido.

Y si vuelve a aparecer **La Flaca** me voy a vengar. Lo primero que pienso hacer es empelotarla y hacerla gozar hasta que ponga los ojos en blanco mientras le

grito al mar: ¡Viejo carajo, este crío lo voy a hacer en tu nombre!

Por eso no me importan sus habladurías llenándose la boca con puros chismes. Lo único que quiero es que nunca llegue el momento de aforrármelo por irse de lengua mientras se rompe la cabeza en la arena, mostrando la hilacha.

INDICE



	<u>Págs.</u>
Prólogo	7
La boca, la boca	19
Una historia de amor	27
El mar es como una casa	38
Los socios	48
Almacencito "La Gloria"	57
Zapatos para Estubigia	69
Los maestritos	84
El auriga Tristán Cardenilla	98
El peregrino del golfo	112
Los dos únicos viudos	132

BIBLIOTECA POPULAR NASCIMENTO

En un gran esfuerzo editorial lanzamos esta colección destinada a divulgar los grandes valores de la cultura universal y nacional en ediciones económicas de bolsillo. Gran parte de los títulos de la colección corresponden a textos auxiliares de educación para la enseñanza del castellano, pero son, al mismo tiempo, obras literarias de indudable interés general.

TITULOS EDITADOS

1. Alejo Carpentier: "Viaje a la Semilla y otros relatos".
2. Eduardo Barrios: "El Niño que Enloqueció de Amor".
3. Horacio Quiroga: "Sus Mejores Cuentos".
4. Nicanor Parra: "Poemas y Antipoemas".
5. Nicolás Guillén: "Antología Clave".
6. Antonio Gramsci: "Maquiavelo y Lenin".
7. Miguel de Unamuno: "San Manuel Bueno, Mártir".
8. Manuel Rojas: "El Vaso de Leche y sus Mejores Cuentos".
9. Sor Juana Inés de la Cruz: "Antología Clave".
10. Varios: "Narrativa de la Joven Cuba".
11. Hernán Cortés: "Relaciones de la Conquista de México".
12. Efraín Barquero: "La Compañera y otros Poemas".
13. F. Scott Fitzgerald: "El Gran Gatsby".
14. Baldomero Lillo: "Relatos Populares".
15. Varios: "Poesía Chilena 1907-1917".
16. Ramón del Valle-Inclán: "Tirano Banderas".
17. Alfonso Alcalde: "El Auriga Tristán Cardenilla y otros cuentos".

TITULOS POR APARECER

- Vicente Grez: "El Ideal de una Esposa".
Carlos Sepúlveda Leyton: "Hijuna..."